



LA ULTIMA OPORTUNIDAD DE JOHNNY LAURENT

SILVER KANE



SS **SERVICIO SECRETO**



JOHNNY
LAURENT

GLORIA



SILVER KANE

LA ULTIMA OPORTUNIDAD DE JOHNNY LAURENT

SERVICIO SECRETO n.º 579

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 13692 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio 1967

© SILVER KANE - 1967

sobre la parte literaria

© DESILO - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1002.—Tumba para una mujer.

En Colección SERVICIO SECRETO:

877.—Un infierno en el Caribe.

En Colección SALVAJE TEXAS:

576.—El buitre de Nevada.

En Colección KANSAS:

456.—Ha muerto una desconocida.

En Colección BUFALO:

707.—El diablo entre nosotros.

En Colección ASES DEL OESTE:

402.—La hora de los demonios.

En Colección METRALLA:

49.—¡Os ordeno morir!

En Colección SELEC. SERVICIO SECRETO:

243.—Melodía para un «gangster».

En Colección BRAVO OESTE:

328.—Los pistoleros del Sur.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158.—La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

468.—¡No habrá tiros!

En Colección CALIFORNIA:

557.—Los diabólicos.

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer entró cadenciosamente en la sala. Era alta, bien formada, y en otro tiempo debió causar sensación en Nueva York. Todavía la causaba si no se la miraba de cerca.

A cierta distancia era un monumento. A un par de pasos, las dos líneas que ya se habían formado junto a sus labios y las mil leves arruguitas de sus ojos la traicionaban.

Mae dejó el bolso en una de las butacas y preguntó:

—¿Hace mucho que me has llamado, Holden?

Holden no contestó. Estaba vertiendo un chorro de *whisky* en un alto vaso de cristal tallado.

—Siento haber tardado —dijo ella—. El tráfico...

—Siéntate.

Mae lo hizo, dejándose caer en una de las butacas. Antes, cuando era más joven y ágil, se sentaba elegantemente, y sus amigos decían que era toda una dama. Ahora las rodillas le fallaban cuando estaba en según qué postura, y necesitaba dejarse caer sobre los asientos. Suspiró mientras exhibía audazmente sus piernas.

—¿Te gusta este color de medias, Rolden?

Él se volvió. Tenía los ojos enrojecidos y la tez muy pálida. Holden había bebido, pensó Mae, y cuando bebía siempre resultaba peligroso. Durante algunos segundos, en los labios de la mujer hubo un levísimo mohín de desprecio.

Pero enseguida trató de sonreír y de mostrarse agradable.

—¿Cuántos años tienes, Mae? —preguntó él.

—Pues... treinta.

—Mientes. Tienes ya treinta y ocho. Hace cinco o seis que tú y yo somos amigos.

—Muy amigos, Holden.

Él bebió de un trago el *whisky* que se había servido y emitió una risita desagradable y seca.

—¿Qué te parece la nueva decoración de la sala?

—Muy moderna, pero ese cuadro —señaló uno que colgaba de la pared, a su derecha— es horrible.

—No entiendes nada de nada. Es un Picasso.

—Yo solo digo que no me gusta.

Holden se sirvió más *whisky*. Casi siempre la invitaba a ella, pero esta vez no lo hizo.

—Te has convertido en una mujer muy vulgar, Mae —escupió.

—¡No me digas...!

—Vas a tener que trabajar otra vez en el *striptease*... si te quieren.

Mae se engalló:

—Oye, rico... ¿Eso significa que vas a dejarme plantada?

—Estás plantada ya, muñeca.

—¡Después de cinco años dedicados íntegramente a ti no puedes hacerme eso! ¡Yo era una estrella famosa! ¡He perdido mis mejores oportunidades por ti! ¡No vas a echarme ahora como se echa a un perro!

—¿Y por qué no?

—Te arrepentirás, Holden.

En la voz de la mujer palpitaba una amenaza, pero Holden no se inmutó. Sabía que las mujeres solo amenazan cuando están asustadas. Y Mae lo estaba. Mucho.

—¿Es que has hecho nuevas amistades? —farfulló ella.

—Puede que sí. Puede que ahora haya hecho amistad con alguna chica tan joven como tu hija. ¿Cuántos años tiene ella ya? ¿Dieciocho?

—¡Cállate!

—No te gusta que te llamen vieja, ¿verdad? Nada denuncia tanto los años de una mujer como la edad de su propia hija. Bueno, no hablemos más. Es la última vez que vienes a esta casa.

—¿Me has llamado... solo para eso?

—Solo para eso. ¡Largo!

Ella se puso en pie. Aún intentó sonreír, pensando que, al fin y al cabo, Holden estaba bebido.

Se quitó la chaqueta de su traje, poniendo en cada gesto la picardía de una verdadera artista.

—Fíjate. Me he comprado una blusa nueva...

—Quítatela también.

La voz de Holden había sido suave. Ella sonrió, pensando que la partida empezaba a estar ganada.

Se la quitó también, dejando al descubierto la bien formada espalda.

—¿Te gusta así?

El primer latigazo le hizo lanzar un aullido. No comprendía de dónde podía haber sacado Molden aquella cinta de cuero con la cual le había arrancado una larga tira de piel. Gimiendo de dolor y de sorpresa, Mae intentó cobijarse tras la butaca.

El segundo latigazo cayó ahora sobre su pecho. El dolor fue mucho más horrible.

—¡Molden! ¡Estás loco! ¡Holden...!

Holden no estaba loco, sino borracho. Avanzó hacia la mujer y le propinó un puntapié, haciéndola rodar por la alfombra. Luego descargó el látigo otras dos veces sobre su espalda.

La sangre de la mujer manchó la alfombra. Ella se puso a gritar histéricamente.

Pero a partir del quinto golpe ya no gritó más. Solo sentía una pena lacerante, una pena muy honda y una vergüenza que le llegaba hasta el alma. Sentía tanta vergüenza como si su propia hija la estuviese viendo ahora. Y en lugar de lanzar gritos, mientras los latigazos caían sobre su espalda, prorrumpió en sollozos.

Los policías hacían descender de la camioneta a los detenidos en la redada. Balanceaban sus porras.

—¡Hala, adentro! ¡Aprisa!

—¡Moveos, hatajo de cerdos!

Hombres y mujeres entraron en las oficinas del Precinto, Uno de los detenidos, un melenudo con chaquetón de piel negra, masculló:

—¡Vaya! ¡Si tenemos a todo el estado mayor!

En efecto, aquella era noche de redada, y el teniente Hunt estaba en el Precinto, acompañado por sus auxiliares, los sargentos Pat y Connor. Más al fondo había otro hombre, sumido en la penumbra, al cual no podían ver bien, pero que debía ser otro policía, porque llevaba el sombrero puesto.

El sargento Connor se encargó de la dirección del asunto.

—¡Cerrad las puertas! ¡Esos, todos en pie! ¡Si alguno se sienta en el suelo, lo levantáis a golpes!

Un par de porras se abatieron sobre un par de espaldas. Se oyeron maldiciones y gemidos, hasta que al fin se hizo en la gran sala un poco de silencio.

Connor empezó a interrogar. El primero de la fila era un mozalbete barbudo, pero que debía tener tan solo dieciocho años.

—¿Nombre? —empezó Connor.

—Napoleón Bonaparte.

—¿Hijo de...?

—Carlomagno y Cleopatra.

—¿Dónde vives?

—En la Casa Blanca, Washington.

Connor escribía pacientemente, sin sorprenderse. Se oyeron carcajadas en la sala.

—Muy bien. Tu ficha está completa. Firma aquí.

El jovenzuelo firmó, riendo. Connor recogió la ficha y la tendió al agente que estaba a su derecha.

—A este tipo, quince días de arresto por vagabundaje. Luego comparecerá ante el juez por uso de nombres y domicilio falsos. Esta ficha será la prueba.

El jovenzuelo quedó sin habla. Empezó a mencionar a la madre de Connor mientras este sonreía beatíficamente. Un par de porrazos ablandaron al detenido, hasta que este descendió a las celdas.

—Otro.

El segundo también se mostró agresivo, pero de otra manera.

—¿Nombre?

—Clark Lewis.

—¿Hijo de...?

—John y Sonia.

—¿Domicilio?

—721 de la calle Cincuenta y Tres Oeste, entre las avenidas Once y Doce.

—¿Por qué te han detenido?

—Por recoger limosnas para los huérfanos de policías. Pero nadie daba una gorda, so perro.

Connor lanzó una imprecación.

—¡Quince días! ¡Otro!

El «tercero» no era un hombre, sino una mujer. Iba muy bien vestida y debió ser muy bonita en otro tiempo. En realidad aún lo era. Para sostenerse en pie tuvo que apoyarse en la barra que separaba la sala de las mesas de los inspectores.

Connor guardó silencio, mirándola.

—¿No me pregunta mi nombre? —barbotó ella, con voz pastosa.

—No. ¿Para qué? Todos sabemos quién eres. Tú eres Mae Hilton, antigua estrella de variedades. ¿Qué hacías borracha y armando escándalo, Mae? Porque, a juzgar por lo que veo, solo han podido detenerte por eso.

—No armaba escándalo... Solo quería demostrar que sigo siendo una gran artista.

—Quería desnudarse en público —gruñó el agente que la había detenido—. Recordaba sus buenos tiempos, ¿sabe?

—Tendré que denunciarte por inmoralidad, Mae —gruñó Connor—. Cree que lo siento. Irás ante el juez.

Ella se apoyó mejor en la barra para no caer.

—Solo quería demostrar que sigo siendo una gran artista, sargento. Y había bebido solo un par de copas. ¿Quién dice que estoy acabada? ¿Ha visto alguien que se mueva con tanta gracia como yo? Diga la verdad, sargento. Su mujer no se va a enfadar porque me mire.

Se soltó, dio media vuelta y se quitó la chaqueta con un hábil movimiento, lleno de gracia a la vez. No, Mae no estaba acabada, a pesar de todo. Otro suave gesto y la blusa, que ya estaba desabrochada, cayó al suelo también.

El policía que estaba más cerca trató de inmovilizarla. Pero en aquel momento, la voz del teniente aulló:

—¡Espera!

Se hizo de repente el silencio en la sala. Un silencio espantoso, solo roto por la respiración entrecortada de la mujer. Luego la voz del teniente

tuvo inflexiones metálicas:

—¿Quién te ha dado esos latigazos, Mae?

—Nadie...

—Son recientes. No hace ni dos horas que te han dado una paliza. ¿Quién ha sido?

Mae contuvo un estertor y miró en torno suyo. De pronto se dio cuenta de que estaba rodeada de rostros desconocidos, de ojos fijamente clavados en ella. Con un brusco espasmo, se cubrió la cara y empezó a llorar.

Nuevamente el silencio volvía a ser absoluto, casi espantoso. Solo se oían en la sala los sollozos entrecortados de la mujer.

La voz del sargento Connor sonó entonces pesarosamente:

—Lo siento, Mae. Podríamos ayudarte, tal vez, si dijeras quién te ha hecho esto. Pero en estas condiciones no tengo más remedio que llevarte ante el juez por escándalo. Comparecerás mañana.

Mae no protestó. Seguía sollozando quietamente. El policía que estaba junto a ella recogió las prendas que acababa de dejar caer al suelo y se las tendió, mientras la empujaba hacia la puerta. Pero en ese momento una voz dijo:

—No.

El que acababa de hablar era el hombre que estaba en la penumbra, el tipo alto que llevaba el sombrero puesto. Los dos sargentos y el teniente se volvieron hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Yo respondo por esta mujer. Déjenla en libertad.

Mae daba la sensación de no haberlo oído siquiera. Los sollozos estremecían su todavía hermoso cuerpo. El agente estaba indeciso.

—Déjala en libertad —ordenó el teniente—. Pero que no te vuelva a ver por aquí, Mae. Te advierto que la ficha queda.

La mujer fue empujada hacia la puerta. No se daba cuenta ni de lo que le ocurría. El teniente se puso en pie y miró al hombre quieto en la penumbra.

—Venga conmigo, Johnny. Los sargentos se encargarán de todo.

Pasaron a un despacho que estaba en la parte posterior. Allí la luz era compacta, casi hacía daño. El hombre que hasta entonces había permanecido en la penumbra se quitó el sombrero al entrar.

Era alto, sin exageración, y también delgado, pero sin exceso. Tenía las facciones rectas y como talladas a cincel. Sus ojos negros eran de mirar más bien suave. Se notaba que había practicado la gimnasia durante toda su vida, tenía unos puños como mazas.

El teniente se sentó.

—Johnny, esa mujer tiene treinta y ocho, quizá cuarenta años. Tú solo tienes veintiocho. No habrá ningún lío entre tú y ella...

—No.

—¿Por qué te has convertido en su fiador?

El hizo un ademán vago, moviendo la mano en el aire.

—¡Quién sabe! Lástima tal vez. Además, no me parece peligrosa.

El teniente se echó hacia atrás en la silla y puso ambos pies sobre la mesa.

—Johnny, tú eras el sargento más brillante que había en la brigada. Se decía que ascenderías muy pronto. Incluso que ibas a quitarme el puesto.

Johnny sonrió distraídamente, sin ganas. Luego se introdujo una pastilla de chicle en la boca.

—¡Bueno, la gente dice tantas cosas...!

—Luego empezaste a flojear. Dejaste escapar a algunos tipos que estaban ya seguros en tus manos y cuya detención dábamos por descontada. ¿Qué te ocurrió, Johnny?

Johnny se encogió de hombros.

Pese a sus veintiocho años, había momentos en que parecía un viejo.

—¡Quién sabe! Eran pobres tipos. O quizá fue que yo me encontraba en baja forma física. No lo sé.

—¿Quieres dejar de mascar chicle?

Johnny lo escupió sobre una papelerera lejana. Hizo blanco.

—Yo no te pido explicaciones, pero, de todos modos, las cosas no han marchado demasiado bien —dijo el teniente—. Y esta es tu última oportunidad; la última oportunidad de tu vida.

Johnny se sentó frente a su superior, mirando al vacío. Era imposible saber si prestaba atención o pensaba ya en otra cosa.

—¿Tan intenso es ya el tráfico de drogas? —susurró.

—Enorme.

—¿Y no se ocupan de ello los *T-Men*? {1}

—El tráfico que se realiza en los barrios es cosa nuestra. Tenemos que averiguar todo lo relativo a la pequeña distribución, y a partir de ahí obtendremos buenos resultados. Pero recuerda que es tu última oportunidad, Johnny. Te diré por dónde debes empezar.

Extrajo una foto de uno de los cajones de su mesa.

—«Ma» Sewon —dijo lentamente—. Sospechamos que es una de las que distribuyen la *mandanga* en el West End. Tu primera pista.

Johnny tomó la foto. La miró con atención.

—De modo que «Ma» Sewon... —dijo lentamente.

CAPÍTULO II

La mujer que entró en aquella mísera habitación situada en el corazón del West River y encendió una bujía, porque aquella misma mañana le habían cortado el suministro de electricidad debido a falta de pago, tenía cerca de medio millón en efectivo y acciones de las más importantes compañías industriales del país.

Había vivido de la mendicidad un tiempo y había arrastrado su miseria por los cuatro puntos cardinales de la ciudad más rica del país más rico del mundo. Con los años, las monedas se convirtieron en billetes y los billetes crecieron como si se multiplicaran por cuatro. Luego contrajo matrimonio con Jonás Bent, un pájaro de cuenta. Jonás Bent se dedicaba al tráfico de cocaína en pequeña escala y asoció en el negocio a su mujer. Los billetes empezaron a multiplicarse por ocho hasta alcanzar el medio millón de dólares, pese a que el matrimonio desorientaba a la policía viviendo en la misma miseria siempre.

Pero quince días antes, Jonás Bent había muerto, y las cosas habían empezado a ponerse mal para su esposa, ya que los traficantes «en grande» no le confiaban la droga para el pequeño reparto.

Así habían rodado las cosas hasta aquella mañana. Quince días sin ganar un centavo. Y los gastos del entierro. Y había que comer.

Naturalmente que «Ma» Sewon, la viuda de Bent, no hubiese tocado su medio millón de dólares ni aunque la hubieran partido en pedazos.

Encendió la bujía con un fósforo y la depositó sobre la mesa que había en el centro de la primera habitación. Todo olía allí a húmedo, a abandonado, a suciedad de gato. «Ma» Sewon miró a su alrededor y pensó que, de todos modos, los quince días malos ya habían terminado.

Aquella mañana la había llamado Campbell, uno de los principales distribuidores de la ciudad, para decirle que volvía a confiar en ella y que pronto la suministraría una cantidad muy importante si lograba evitar que se dispersaran las bandas de jóvenes entre las que principalmente había trabajado su esposo.

«Ma» Sewon estaba contenta.

Era aquel un cometido sencillo, poco peligroso y que siempre salía bien. Jonás Bent le había enseñado a realizarlo. Los jóvenes eran unos eficaces auxiliares de la distribución y siempre pagaban al contado. Entre los componentes de la banda existía un fuerte sentimiento de honor que les unía. El país marchaba de las mil maravillas con la esperanza de una juventud tan «prometedora».

Lástima que Jonás Bent hubiese muerto tan joven, a los cincuenta y un

años. Lástima que lo hubiesen metido en un ataúd pintado de colores para llevarlo fuera de la ciudad que él tanto había amado, a la que tanto había hecho progresar llenándola de sobrecitos de cocaína.

«Ma» Sewon lo recordaba todo como si acabase de suceder ayer, a pesar de que desde la muerte de Jonás ya hubiesen transcurrido quince días.

La mujer pasó a la habitación contigua, llevando la bujía en la mano para hacerse luz. La puerta chirrió al abrirse con un quejido de madera cansada y vieja.

Lo primero que vio «Ma» Sewon fueron las cortinas de la ventana movidas por el vientecillo fresco que venía del río. Esa ventana estaba abierta, a pesar de que ella misma la cerraba siempre antes de marchar y la afianzaba con el seguro.

Un poco más allá estaba el gato de «Ma» con el lomo arqueado y erizados los pelos de su cuerpo.

Entre el gato y la ventana, recibiendo con mucha claridad la luz de esta se encontraba Jonás Bent»

Estaba en la misma posición que un día antes de morir, sentado en la butaca y con la vieja pipa apagada entre los labios. Igual que en un retrato de años atrás le pintara un artista del Barrio Latino de Nueva Orleans, cuando Jonás fue allí para extender «honradamente» sus actividades hacia las tierras del Sur.

Cuando «Ma» Sewon dejó caer la bujía al suelo, el gato dio un salto y se arrojó sobre ella, arañándola en las manos. Luego pasó a la otra habitación, donde no tenía escapatoria, y se puso a lanzar gritos casi humanos. «Ma» Sewon cayó sobre la llamita de la vela, lanzó un alarido, y seguramente hubiese terminado quemada viva si alguien, no supo quién, no la hubiese sacado a rastras de allí. Cuando recobró el conocimiento estaba en el Bellevue, junto a la Morkue, y Campbell, uno de los «grandes» del negocio en Nueva York, se había sentado junto a su cama y la miraba fijamente.

—¿Qué ha ocurrido, «Ma»? ¿Por qué diablos has estado a punto de pegar fuego a tu casa?

—Jonás... Me miraba...

—Déjate de tonterías y habla claro. ¿Sabes ya que tienes quemaduras de primer grado en el vientre y las piernas? Necesitarás que te atiendan bien en el hospital, y yo me preocuparé de que te hagan la vida imposible si no explicas lo que ha ocurrido. ¿Cómo se le ocurrió organizar aquel desastre con la llama de una vela?

—No hice... nada...

—¿No? ¿Dónde tenías el dinero?

La sola mención de esa palabra hizo que «Ma» Sewon se despabilara inmediatamente.

—¿El dinero?

—Sí. ¿Lo tenías en la casa?

—No. Solo una pequeña cantidad para los gastos de la semana. El resto está en el Banco.

—Haces bien. Porque parte de la casa ha ardido.

«Ma» Sewon trató de incorporarse y no pudo. Los vendajes cubrían extensas zonas de su cuerpo y estaba sujeta al lecho. Se encontraba en una habitación reservada del hospital, una habitación blanca, llena de luz, donde no había el menor resquicio de sombra ni el más pequeño sitio para que en él pudiera ocultarse Jonás Bent. Cerró los ojos y aún creyó verlo allí, junto a la ventana, mirándola. Luego se dejó caer sobre la almohada, mientras su garganta lanzaba una especie de estertor.

«Ma» Sewon tenía ya cuarenta y ocho años, y su aspecto miserable daba lástima aun entre las sábanas impolutas del hospital.

Pero Campbell no la miraba con lástima, sino con asco.

—¿Había mercancía en tu casa, «Ma»?

Ella abrió los ojos otra vez.

—¿Qué dices?

—Los bomberos y la policía están allí. Aunque no quieran, lo pondrán todo patas arriba, despanzurrarán los muebles y derribarán alguna pared para, que el fuego no se extienda. Eso es lo que harán, «Ma», mientras tú y yo estamos aquí hablando.

—Espero... que salven la casa.

La derecha de Campbell se cerró sobre su muñeca como un garfio de hierro.

—Te pregunto si encontrarán allí mercancía, «Ma». Yo había ligado a Jonás a la red de distribución porque estaba libre de toda sospecha, y esta mañana te he dado algunas cantidades de polvo para que las guardases bien, y desde luego fuera de tu casa. ¿Qué has hecho con ellas?

La mercancía que Campbell le había entregado: estaba en la casa de «Ma». Pero a pesar de los dolores que empezaban a despertársele, y a pesar de haber visto a Jonás Bent moverse en la habitación quince días después de muerto, «Ma» era astuta y sabía cuándo hay que ocultar una emoción. Dijo con acento de fingida indiferencia:

—Lo he ocultado en mi caja fuerte del Banco. A nadie se le ocurre mirar allí.

—Me sabría muy mal que encontraran algo en tu casa, «Ma» — Campbell le soltó poco a poco la muñeca—. Soy un hombre que tiene crédito, un puesto en la sociedad y muchos amigos en algunos círculos oficiales. Me sabría muy mal perderlo todo por una tontería tuya, «Ma». Me sabría muy mal... por ti.

«Ma» se estremeció y dijo que todo aquello había sucedido después de ver ella junto a la ventana a Jonás Bent, que estaba muerto desde quince

días antes.

—Tonterías —susurró dulcemente Campbell—. Yo mismo asistí al entierro del pobre Jonás, y puedo asegurarte que no se escapó de la tumba antes de que la cerraran. Ahora descansa, «Ma», y si encuentran algo en tu casa te pones a rezar, ¿sabes, querida? Te pones a rezar.

Salió de la habitación y, tras la puerta, aguardando, encontró al médico de guardia.

—Gracias, doctor, por haberme concedido estos minutos.

—No tiene importancia, viniendo usted recomendado por la inspección. ¿Cómo la ha encontrado?

—No muy bien, doctor. Parece que ha sufrido pesadillas.

—He estado pensando en eso desde que la vi por aquí. Es el tipo perfecto de una visionaria.

—Procure que la atiendan bien, doctor, y que no le falte nada. Si hay gastos suplementarios, yo correré con ellos. Por descontado, diré eso también a la administración. La dirección a la que debe ser trasladada una vez se cure es la que indica esa tarjeta.

—Deje nota en recepción. Si no hay complicaciones, podrá salir de aquí dentro de ocho días, pero en plan de convaleciente.

Campbell saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, se introdujo las manos en los bolsillos de su americana y salió del Bellevue. En la puerta le esperaba un «Oldsmobile» último modelo. Campbell, desde su más tierna juventud, había soñado con mujeres bonitas y coches nuevos, y ahora estaba realizando aquellos sueños. Dentro del automóvil, con los pies apoyados en el respaldo delantero, estaba una pelirroja que ocupaba el primer cartel en un «burlesque» con su número de *strip-tease*. Campbell pensó que ahora era suya, completamente suya, y se olvidó de «Ma».

Aquella misma noche, los del servicio de incendios y los policías descubrieron mercancía por valor de una montaña de dólares en el domicilio de la visionaria.

★ ★ ★

Campbell vivía bien. Poseía un departamento completo en la Séptima avenida y podía permitirse el lujo de comprar de vez en cuando brillantes para las estrellas de los «burlesques», a los que asistía con regularidad cada noche. Pero él no era nadie comparado con Holden, el rey de la ciudad.

Holden manejaba todos los intereses de la costa del Atlántico, y su autoridad indiscutida se extendía desde Boston a Nueva Orleans, como si tuviera apesada toda esta zona con unas gigantescas tenazas. Holden poseía varios automóviles, un yate, clubs nocturnos con espectáculo propio, acciones en las empresas más honradas del país e intereses comerciales en gran parte de Sudamérica. Todo había salido de las drogas y todo vivía gracias a ellas, pero eso no se sabría oficialmente... mientras

Holden no se hallase en un conflicto.

Holden se halló en un conflicto cuando los polizontes descubrieron que «Ma» Sewon era un agente de la cadena de distribución, y que esa cadena llevaba hasta Campbell. Desde Campbell hasta Holden había solo un hilo, pero aunque nadie supo seguirlo por el momento, «el rey» empezó a sentir que su trono se tambaleaba.

Y todo por una vieja borracha y alucinada que aseguraba haber visto a un muerto.

Hasta los negocios mejor organizados y más «selectos» —pensaba— se pierden por culpa de la gente inepta. Que una cosa tan importante como la distribución de drogas pudiera estar en manos de gentes de la categoría de «Ma» Sewon llenaba a Holden de indignación.

Holden había sido buscador de fortuna en el Brasil durante algunos años, y en las selvas centrales había aprendido a manejar el machete y el látigo. Cuando Campbell, que estaba vigilado, pero no detenido, fue a su fastuoso apartamento de Nueva York, Holden le ordenó sencillamente:

—Quítate la americana.

Campbell obedeció.

—Y la corbata.

Campbell obedeció también. Ya no parecía el hombre que vivía entre coches nuevos y mujeres bonitas. Había algo en sus facciones que se había vuelto gris, ceniciento, como si fuese un aviso de que tenía que morir.

—La camisa.

Campbell tenía las espaldas anchas y bien formadas, moldeadas a base de sesiones en el gimnasio. Se puso a llorar como un chiquillo cuando Holden empezó a arrancarle tiras de piel a latigazos.

Durante una semana entera, Campbell tuvo que estar boca abajo en una cama y maldiciendo en voz alta, mientras Holden se tomaba unos días de descanso en Buenos Aires para alejar sospechas. Transcurrida esta semana, «Ma» Sewon salió de un hospital con las piernas llagadas y Campbell salió de otro con la espalda deshecha.

La policía los vigilaba, pero no fueron detenidos porque eran piezas secundarias y la red no había hecho más que tenderse. Todos sus pasos eran controlados, y ambos sabían que estaban al borde de un pozo en el que podían caer al menor descuido. Por eso «Ma» solo pensó en marchar de la ciudad, y Campbell en eliminarla antes de que se decidiesen a detenerla y empezar con los interrogatorios.

«Ma» Sewon, guiada por un impulso sentimental, fue antes de salir de Nueva York a visitar el almacén guardamuebles a dónde sus trastos habían sido llevados durante el incendio.

Allí estaban los viejos muebles, los ruinosos enseres y el retrato de su difunto marido, Jonás Bent, mirando hacia el frente con la pipa apagada entre los labios.

«Debí ver el retrato a la luz de la luna —pensó ella mientras temblaban sus párpados—. Seguro que debió ser eso».

Encargó que se lo llevaran todo a una casita de Coney Island que pensaba alquilar durante tres meses y en la que pretendía pasar inadvertida entre el bullicio infernal que llenaba toda aquella zona durante los meses de buen tiempo.

El encargado del guardamuebles pidió el precio del transporte por anticipado y le preguntó de qué modo quería que se le embalase el cuadro, que era lo único de cierto valor.

—Bastará con un papel grueso, porque el trayecto es muy corto —dijo ella—. ¿Dónde estaba ese cuadro cuando empezó el incendio? ¿Junto a la ventana?

—Creo que no. Se han obtenido algunas fotos del lugar donde se encontraba todo. Ese cuadro debía estar en el fondo de la habitación, muy lejos de la ventana, porque, de lo contrario, el fuego lo hubiese consumido por completo.

—¿De modo que no pudo iluminarlo la luz de la luna?

—Pues... no. ¿A qué viene eso?

«Ma» Sewon salió muy pensativa del guardamuebles, y al encontrarse de nuevo en la calle vio por primera vez a la persona que había de asesinarla.

Esa persona formaba parte de las bandas juveniles corrompidas y preparadas por Campbell para todo el gran negocio de la mercancía más productiva y más peligrosa del mundo.

Solo tenía diecinueve años.

Y a esa edad en que muchos jovencitos empiezan a vivir, poseía ya una negra historia.

Su historia era mucho más fantástica e increíble de lo que «Ma» Sewon hubiera podido suponer a los cincuenta.

Ned Sandor era su nombre.

CAPÍTULO III

Johnny se introdujo una pastilla de chicle en la boca y susurró:

—¿Qué sabes tú de Ned Sandor?

El tipejo que estaba frente a él lo miró desmayadamente. Llevaba un traje que parecía pasado de moda, pero de buena calidad, y casi nuevo. No había tenido ocasión de estropearlo en la cárcel.

—Yo no sé nada —dijo el tipejo—. Nunca he visto a Ned.

—¿No? Pues fuisteis a Nueva Orleans juntos la semana pasada. Y os hospedasteis en el mismo hotel.

—¿Ned? ¿Ned dice? Se equivoca, compadre. Debía ser otro.

Johnny sujetó al tipo por las solapas, sin dejar de mascar chicle, y lo zarandeó, golpeándole tres o cuatro veces la espalda contra la áspera pared de ladrillos del callejón.

—Te desenchironaron y enseguida fuiste a Nueva Orleans —masculló Johnny—. ¿Qué ibas a hacer allí con Ned? ¿Ampliar el mercado de la *mandanga*? ¿Empapurrar bien a la gente? ¿Es que ya incluso pensáis vender ante la puerta de los colegios?

El tipejo hizo una mueca muy especial. Se daba cuenta de que Johnny, hasta entonces un policía más bien suave, estaba decidido a todo esta vez.

Sin duda, le habían encargado que persiguiese a los pequeños distribuidores de la droga, para a través de ellos ir pescando a los peces gordos. Y Johnny no iba descaminado, como lo probaba el que hubiese preguntado por Ned Sandor, y precisamente a él.

Aquel policía era como un tiburón metido en las tranquilas aguas del «negocio». Empezaría a pegar bocados y acabaría con todos si no lo eliminaban antes.

El tipejo movió una de sus manos. Sonó un suave «tlic».

Johnny tenía el vientre muy cerca, pero lo que encontró la navaja, al volar hacia adelante, fue su mano. El tipejo lanzó un gruñido al notar que acababan de apresarle la muñeca. Pateó, golpeando al policía en los tobillos, pero Johnny se mantuvo imperturbable. Retorció el brazo de su enemigo, en la oscuridad del callejón, hasta que la navaja cayó a tierra. Su dueño también tuvo que inclinarse poco a poco y poner rodilla en tierra, mientras empezaba a gemir. Johnny, sin soltarle el brazo, le estuvo golpeando en los flancos y castigándole el hígado hasta tener la sensación de que se le iban a romper los zapatos.

Cuando el tipejo estuvo más blando que un flan, lo sacó fuera del callejón.

—Vamos. Te invito a un trago.

No lo llevó a un sitio donde expendieran licores, sino a un establecimiento de la Octava avenida, donde solo había limonadas y leche. Pidió algo fresco para el granuja.

—¿No podría... no podría tomar un poco de *whisky*? Un poco más abajo hay un sitio donde venden.

—De momento toma una limonada. Lo único que te faltaba ahora es alcohol. Dime, ¿qué sabes de Ned?

—¿Hasta dónde piensa llegar, Johnny?

El tipejo se había ablandado. Johnny entrecerró los ojos.

—Hasta el fondo.

—¿Actúa solo?

—Hasta ahora, sí.

—He oído decir por ahí que esta es su última oportunidad, Johnny. Que si fracasa le echarán los perros encima y le darán el pasaporte. Son capaces de ponerle a dirigir el tráfico, o algo así.

—Puede. Realmente, son capaces.

—Bueno, pues acepte un consejo. No se meta con Ned Sandor. No se meta con sus jefes. Limítese a gentecilla como «Ma» Sewon.

—«Ma» Sewon ya no pinta nada. Casi la pasaportaron cuando la muerte de su marido. Han descubierto en su casa un poco de *mandanga*, pero eso no ayuda a llegar hasta arriba.

El tipejo bebió su limonada a pequeños sorbos.

—¿Qué me promete a cambio, Johnny?

—¿A cambio de qué?

—De que hable.

—No denunciaré que has intentado matarme.

—Bueno, eso es cosa pasada... Sé que tampoco pensaba denunciarme, de toaos modos. Quiero decir si obtendré ventajas a cambio de que se oiga mi bonita voz. ¿Tiene a su lado al fiscal del distrito?

—No he hablado aún con él.

—Hágalo. Si me prometen no meterse conmigo, puede que escupa unos cuantos nombres.

—¿Comparecerías ante un jurado?

—Todo depende de lo que el fiscal del distrito me prometa. Si he de escapar sin complicaciones, hablaré.

—¿Hasta qué altura piensas llegar?

—Hasta la altura de Ned Sandor. Más, no. Por muchas cosas que me prometan, nunca soltaré el nombre del jefe.

—Si envuelves a Ned Sandor y otros de su categoría, puede ser una excelente base de partida —reflexionó Johnny—. Nos puede servir para cazar a los otros. ¿Dónde puedo encontrarte?

—Aquí, dentro de dos días. Pero llámeme antes al bar «Joey». Quiero estar seguro de que ha hablado con él fiscal del distrito.

—Lo haré. Y ya sabes que lo que yo te prometa será verdad.

—Usted es un polizonte especial, Johnny... Lo que dice suele ser cierto. ¿Por qué cree que casi me comprometo a un arreglo con usted? Pero ahora voy a largarme. No conviene que nos vean juntos.

—Lárgate.

—Usted paga, ¿no? Ujú, aún me duelen los riñones... ¿Por qué mastica siempre chicle, Johnny?

—Es para dejar de fumar.

—Maldita sea. Quítese eso de la boca, hombre...

Johnny escupió la bola al centro de un vaso vacío que había en una de las mesas.

Hizo blanco.

—Buena puntería... Ahora hasta la vista, polizonte. Recuerde las condiciones que le he puesto. Sin ellas no hay negocio.

—Una última cosa. ¿Dónde puedo encontrar a Ned Sandor?

El tipejo se encogió de hombros.

—No sé. Por ahí... Es un tipo interesante de verdad el tal Ned. Pero no se meta con él porque resulta más peligroso que yo. De verdad. Mucho más peligroso...

Johnny hizo:

—Ujú.

Y se introdujo otra pastilla de chicle en la boca.

CAPÍTULO IV

Todo había empezado cuando Ned Sandor, cuatro años antes, se dio cuenta de que era guapo, de que tenía, sin proponérselo, una fuerte musculatura, de que sus andares eran interesantes y de que las muchachitas entornaban los ojos al verle y se derretían por él.

Cuatro años antes, es decir, 1962.

No había amenazas de paro en el país. La cifra de venta de automóviles seguía en alza. Cualquiera podía pegarle a su patrón una patada en los riñones a las once y encontrar otro trabajo a las doce. Las mujeres seguían la moda de llevar falda corta, se ponían medias sin costura, lo que, en opinión de Ned, era una falta de picardía y, por consiguiente, un asco. Las muchachas de su barrio le decían que no, y que era una lástima que él no entendiera más de esas cosas.

Ned Sandor debutó como luchador en unos campeonatos locales de grecorromana, le aplastaron su hermosa nariz en una caída y desde entonces abandonó el deporte.

En las orquestas de moda que corrían por los bailes baratos, tipos como él, sin necesidad de que les aplastaran la nariz, tocaban algunos instrumentos, lanzaban aves al aire, se llevaban las chicas de calle y ganaban dinero fácil.

Ned Sandor quiso debutar en una orquesta y fue un fracaso. Era demasiado viril, daba demasiada sensación de potencia. Las mujeres no se sentían instintivamente llevadas a depositar la confianza en él. Ned Sandor dejó también la música.

Siempre que necesitaba la compañía de una muchacha le bastaba con insinuarlo a cualquiera de las de su barrio, que enseguida se le ablandaban como merengues e incluso le daban dinero. Pero a Ned le empezaba a gustar que las señoras usasen perfumes caros, que fueran bien vestidas, que tuvieran *glamour*, como se decía en las revistas. Tratar a señoras así resultaba caro para cualquiera, y en especial para Ned Sandor, que solo era un mozalbete. Estos oscuros deseos le llevaron ya definitivamente hacia el mal camino.

A finales de 1963 ocurrieron cuatro cosas decisivas para su vida: su madre murió, su hermano Thomas atracó un Banco, asesinando a un policía y llevándose medio millón de dólares; conoció a Campbell y conoció a Luke Zervis.

La madre murió de una embolia, de repente, dejándolos solos a los tres; es decir, a Thomas, a él y a su hermana Nora, que tenía dieciocho arios. Thomas, al día siguiente del entierro, atracó una sucursal urbana en

Harlem, disparó contra un policía de guardia y logró huir, siendo detenido al día siguiente en un coche incendiado. Ahora estaba en Sing-Sing y no había ido a la silla por verdadero milagro; sencillamente, porque no se había podido comprobar que él fuera el asesino del guardia. Hacia esos días, Campbell se había puesto en contacto con una banda de granujas, entre los que figuraba Ned, y les ofreció dinero fácil si le ayudaban a distribuir la mercancía. Fue por aquellas fechas también cuando conoció a Luke Zervis.

Luke tenía cuatro años más que Ned y era un tipo no demasiado alto ni demasiado fuerte, pero lleno de nervio. Las mujeres decían que tenía cierto parecido con James Dean y también se derretían por él, quedando más derretidas cuanto menos caso les hacía Luke. Este pronto entabló una buena amistad con Ned. Los dos eran granujas, los dos tenían los mismos vicios y costumbres y la misma necesidad de dinero. Tan buenos amigos eran, que Luke Zervis apaleó a un guardia hasta dejarlo sin sentido cuando este estuvo a punto de detener a Ned. Condenado a tres años, fue también a Sing-Sing, y el mismo Ned rogó a su hermano Thomas, que guardaba una excelente conducta, para que intercediese ante el director y los encerrasen en la misma celda.

Ahora estaban los dos allí, pudriéndose y esperando una lejana libertad, mientras fuera se disputaban campeonatos mundiales de boxeo en el estadio de los Yanquis, se representaban revistas escandalosas en Broadway, las estrellas de cine ampliaban sus escotes con increíble generosidad y las muchachas a las que habían besado en los sótanos de las casas contraían matrimonio con honrados obreros y empezaban a no acordarse de Sing-Sing más que en los días en que los periódicos daban la noticia de alguna ejecución en la silla eléctrica.

Todo esto había pasado en cuatro años, y quizá se piense que en un país en que, por desgracia, la delincuencia juvenil aumenta de día en día, la historia de Ned Sandor no tiene nada de extraordinaria.

Pero Ned Sandor era el único tipo de los que deambulan por las calles de los Estados Unidos que conocía el paradero exacto del medio millón de dólares robados por su hermano Thomas.

El director del Banco no sabía nada. Ni la Metropolitana. Ni el FBI. Ni nadie. Solo Thomas, en Sing-Sing, y él, en la calle, conocían el paradero de aquella fortuna y sabían por qué Thomas había sido detenido en un coche incendiado precisamente.

En realidad, todas las fases del trabajo de Thomas habían sido una auténtica obra maestra.

Todo empezó con el conocimiento casual de Millón Preskaya, un hábil dibujante que desde dos años antes hacía ensayos con planchas para falsificar moneda. Pero aunque empleaba las tintas y papel adecuados, todos los ensayos salían rematadamente mal.

Fue Thomas quien una noche, después de visitar el sótano donde Preskaya tenía instalado su taller, le dijo que siempre sería un muerto de hambre.

—Estos billetes no valen nada; no engañarían ni a un niño. Lástima de tinta y papel.

—La tinta y el papel son magníficos.

—Por eso digo que es una lástima.

—¿Y qué diablos quieres que haga? No es fácil falsificar billetes. Hitler lo hizo durante la guerra y hasta a él le salió mal.

—De todos modos, te ofrezco la posibilidad de recuperar algo de lo perdido. ¿Cuánto hay aquí?

—Aproximadamente, medio millón de dólares, todo en la misma clase de billetes pequeños.

—Es una cantidad fantástica.

—Resume dos años de ensayos incesantes. He tratado de especializarme en un mismo tipo de billetes para lograr la perfección, pero hasta ahora, por lo que se ve, no he podido conseguirlo. Noches y noches sin pegar un ojo. Noches y noches sin ver a mí mujer, que me insulta cuando me presento a ella. Cuando se escriba la historia de los falsificadores de este país, a mí me tendrán que dedicar una página cómica.

—Los billetes caben en dos maletas. Te ofrezco dos mil dólares por todos ellos.

—No lograrás sacar ni uno, Thomas.

—Intento realizar una operación de propaganda. Anulados debidamente con un anuncio, me proporcionarán cerca de cuatro mil dólares. No creas que te doy limosna. ¿Hace?

Preskaya necesitaba urgentemente dinero y no supo medir el peligro que aquello podía significar. Acabó cediendo el fruto de su trabajo por dos mil quinientos dólares.

De todos modos, el peligro que iba a correr era mínimo, porque Thomas no quería aquellos billetes para repartirlos, sino para quemarlos.

Al día siguiente atracó la sucursal urbana empleando dos pistolas, una de las cuales hizo desaparecer tras haber gastado una sola bala en disparar contra el guardia, y conservando la segunda, con la que roció de plomo todas las paredes, para que le apresasen con ella.

Pudo haber robado casi un millón, pero Thomas se llevó justamente quinientos mil dólares y en una sola clase de billetes.

No había que ser demasiado ambicioso. Según Thomas, un hombre debe saber siempre a dónde tiene que llegar.

Tampoco había que ser un iluso. El criminal que pretende escapar de la acción de la justicia, lo es. Las redes de la ley están tendidas por todas partes, y un fugitivo con medio millón de dólares no tiene la menor posibilidad de ir demasiado lejos. En todo caso, aunque tarde un año o dos

en ser capturado, no disfrutará de su fortuna. En cambio, Thomas pensaba disfrutarla tranquilamente porque lo tenía todo preparado, no para huir, sino para que lo capturasen.

Las maletas con medio millón de dólares auténticos fueron a manos de Ned Sandor, quien a cambio entregó a su hermano las dos maletas con dólares falsos comprados a Preskaya, y que ya estaban preparadas.

A partir de entonces, Thomas perdió todo contacto con el producto de su robo. Ya no lo había vuelto a ver, e incluso ignoraba, para mayor seguridad en no delatarse, dónde estaba oculto. Ned había enterrado las maletas en un punto bien determinado, y a pesar de necesitar dinero, a pesar de saber que si lo quería podía vivir como uno de los hombres más ricos de la ciudad, jamás se le ocurrió sacar de allí un dólar.

Thomas, ahora, después del asalto, se había situado en un viejo coche en una carretera bien vigilada, pegando fuego al trasto después de estrellarlo y haciendo que los billetes y carrocería ardiesen por los cuatro costados. Los patrulleros lo encontraron segundos después a unas yardas del automóvil, sin sentido, con cristales del parabrisas clavados en la cabeza y las manos desgarradas. Ese accidente provocado fue lo único que exigió de Thomas un verdadero peligro, pero los agentes no lo sospecharon. Con los restos calcinados de los billetes y la pistola cuyas balas estaban repartidas por todas las paredes del Banco —aunque no en el cuerpo del agente, que era lo que importaba—. Thomas Sandor fue puesto a disposición de las autoridades federales y luego llevado ante el juez, quien teniendo en cuenta su juventud y su carencia de antecedentes, lo condenó a ocho años en Sing-Sing.

El jurado supuso que al policía lo había asesinado un cómplice de Thomas que no había sido hallado aún.

Los federales hicieron, por rutina, diversas pruebas con los billetes calcinados y llegaron a la conclusión de que eran los robados al Banco, pues la tinta y la calidad del papel correspondían exactamente a los empleados por el Gobierno, y el dibujo, defectuoso, no podía apreciarse. La numeración no estaba anotada, por tratarse de billetes pequeños, que los Bancos no controlan con tanto rigor.

Los periódicos se burlaron de Thomas Sandor porque dijeron que solo a un idiota se le ocurría robar a un Banco para luego hacer que, por falta de precauciones, los billetes fueran al infierno.

Thomas simuló una gran desesperación.

Y ahora estaba en Sing-Sing portándose como un recluso modelo, para que los de la libertad vigilada le concedieran el pase antes de los ocho años. ¡Tenía un plan para verse libre en plena juventud y con medio millón de dólares!

Un plan perfecto.

Pero de ese perfecto plan, estudiado con tanto mimo y cuidado,

formaba parte su hermano Ned.

Si Ned fallaba, fallaría todo.

Ned, sin embargo, no falló.

CAPÍTULO V

Ned Sandor estaba consumiendo su tercer «bourbon» y mirando a la chica que estaba al otro lado de la barra, cuando una manzana cayó sobre su nuca y le hizo volverse.

—Arrea, Ned.

Ned se volvió. Un tipo de facciones recias, que mascaba chicle, le estaba mirando a medio paso de distancia.

Era el dueño de la manaza, que aún le sujetaba por la nuca.

Ned intentó golpearle con la rodilla en el bajo vientre, al darse cuenta de que era un hombre solo, pero su golpe dio en el vacío. El fulano aquel parecía sabérselas todas. Tomó tranquilamente el vaso y golpeó con su borde los labios de Ned, partiéndoselos.

—Y ahora estate quieto, hermanito. Deja de mirar a la chica, porque no se te va a dar fácil.

La chica, en efecto, había visto el panorama mal. En aquel pequeño bar de la avenida Doce, junto a los muelles, estaban solamente Ned, ella, el camarero y aquel extraño tipo que mascaba chicle. Decidió que era mejor largarse, y lo hizo saltando del taburete y ofreciendo una rutilante exhibición de piernas.

El camarero se acodó al otro extremo de la barra y fingió estar leyendo, en el diario de la noche, la página de apuestas.

—Buen chico, Ned. Hala, arreando.

—¿A dónde va a llevarme? ¿Al Precinto?

—Quiero que hablemos.

—¡No puede detenerme!

—¿No? Para enchironarte por una buena temporada le bastaría preguntar al juez de qué vives ahora. Pero no quiero llevar demasiado lejos las cosas, Ned. Hala, fuera.

Ned parpadeó.

—Usted es Johnny Laurent, ¿verdad?

—Sí. ¿Y qué?

—Lo comentan por ahí... Dicen que es un tiburón que se ha metido en nuestras aguas. Que le han dado una última oportunidad.

—¿Y si así fuera?

—Pierde el tiempo, amigo.

—Creéis que estáis demasiado altos, ¿no?

—El jefe lo está.

—Te sorprenderías si supieras lo cerca que está tu jefe de la sima. Hala, andando.

—Usted tiene un defecto, Johnny: se expone demasiado, da mucho la cara, y eso no es bueno por estos barrios.

—¿Es que vais a partírmela, marrano?

—Puede que se la rieguen con ácido sulfúrico. Lo han hecho con otros. Y no pueden ver, los pobrecillos, el triunfo de la ley porque han quedado ciegos...

Johnny le zarandéo.

—¡Fuera!

—También tiene otro defecto, polizante.

—¿Sí?

—Me da asco la gente que masca chicle. ¿Por qué no lo suelta?

Johnny se volvió hacia el *barman*.

—¿Qué le debía este?

—Un dólar cincuenta.

Johnny extrajo dos billetes de a dólar y los depositó sobre el mostrador.

—Tome. El resto lo envía a un asilo de coristas retiradas.

—Se ve que quiere ayudar a su madre... —masculló el *barman*.

Johnny no se inmutó. El ambiente del barrio era así, y él lo sabía. Por otra parte, el *barman* ya parecía haberse olvidado de aquello.

—Voy a apostar a las carreras —dijo—. ¿Qué caballo me recomienda?

—Ese que está en el título.

—Hay dos. ¿Cuál?

—Ese.

Johnny escupió el chicle sobre uno de los dos nombres del lejano periódico.

E hizo diana.

★ ★ ★

Ned Sandor no se había arrugado. A pesar de saber que Johnny era joven y fuerte, intentó sacudírselo de encima en cuanto pusieron los pies en la calle.

Esta vez cazó al policía por sorpresa. Su rodillazo en el bajo vientre le hizo lanzar un gemido de dolor, obligándole a encorvarse. Ned movió los dos puños y tuvo la sensación de que le había partido la boca.

Johnny cayó hacia atrás con los ojos en blanco. Ned Sandor aprovechó la situación y quiso salir por piernas.

Aquella especie de garfio de acero sujetándole por un tobillo le obligó a detenerse. Lanzó un gemido y cayó de bruces hacia adelante, apoyándose a duras penas en una de las paredes.

Eran las diez de la noche y nadie pasaba por allí. Johnny se puso en pie con una agilidad insospechada. Antes de que Ned consiguiera reaccionar, ya lo había puesto en pie. Un atroz gancho a la mandíbula le hizo poner los ojos en blanco. Luego Johnny lo sujetó por las solapas y, siguiendo su

táctica favorita, lo ablandó golpeándole la cabeza contra la pared que tenía a su espalda.

Ned Sandor se le arrugó pronto. No estaba acostumbrado a aquello, y casi al instante sus rodillas cedieron.

Johnny siguió con su táctica favorita.

—Vamos a tomar un trago —dijo—. La casa paga.

Soltó a Ned, pero este trató de sacar una pistola de cañón corto. Lo de las rodillas flojas había sido mitad verdad, mitad truco. Johnny le tuvo que golpear dos veces con el canto de la mano en la parte anterior del cuello, a riesgo de matarle, para que el otro soltara su arma.

—Has hecho mal, Ned, muchacho —susurró—. No soy un tipo recomendable cuando se me agota la paciencia. Y esta es mi última oportunidad, ¿sabes? La última. De modo que... jarreando!

Lo sacó de allí a empujones y no lo llevó a tomar un trago, sino al Precinto. Metiéndolo en un taxi, hizo luego que lo trasladaran a una celda y lo pusieran a dormir allí cuarenta y ocho horas. Mientras tanto, se ablandaría.

Desde el mismo Precinto telefoneó al café «Joey». Preguntó por Jim Colbert, alias «Kiki».

El tipo al que había vapuleado dos noches antes se puso al aparato un minuto más tarde.

—¿Sí?

—Oye, «Kiki», soy Johnny.

—Ujú.

—He hablado con el fiscal. Puedes estar tranquilo. Libertad, protección y un billete para Sudamérica; pero tienes que cantar sobre una lista de nombres que vamos a darte. Además, nada de salir del paso, ¿eh? Tendrás que cantar «La Traviata» con acompañamiento de orquesta. ¿Hace?

Se notó la vacilación de «Kiki» al otro lado del cable. Esa vacilación duró un minuto.

—Quiero ver antes la lista. Si está el nombre del jefe, no hablaré.

—¿Te refieres a Holden?

El otro carraspeó.

—¿Qué dice de Holden?

—No me chupo el dedo, hermano. Ni en la brigada tampoco. Todos sabemos qué hace Holden y a qué infiernos se dedica, pero no hay pruebas. Por eso *no* he puesto su nombre en el reparto de la función de ópera. ¿Qué contestas?

—Saben más cosas de las que creía... Está bien, cuente conmigo. Dentro de media hora, en el sitio de la otra noche. Pero quiero otra condición, Johnny.

—No me pidas una *vedette* para que te acompañe a Sudamérica porque no te la voy a dar.

—Solo le pido que deje de mascar su condenado chicle.

Johnny removió la pastilla en la boca.

—Ujú.

Y colgó.

Soplaba un viento fresco sobre Nueva York, pero no hacía frío. Johnny se coló de rondón en un patrullero que estaba dispuesto a salir y dijo que le llevasen hasta el cruce de la Cincuenta y tres con la avenida Nueve. El resto del trayecto lo hizo a pie, para no llegar al bar en un coche de la policía.

El bar aún estaba abierto. En el interior no quedaba más que una mujer madura que dirigió a Johnny una mirada llena de promesas. Johnny no hizo caso.

La otra se largó con una mirada distinta. Ahora estaba llena de amenazas.

Johnny consultó su reloj. «Kiki» se retrasaba. ¿Habría pensado mejor el asunto en el último minuto?

Llevaba ya consumido su segundo café cuando oyó aquel ruino infernal del motor a su espalda. Era un coche que rodaba a gran velocidad —demasiada velocidad— en dirección al East Side. E iba a pasar por delante del establecimiento.

Johnny no se inmutó. Extrajo una moneda de a dólar de uno de sus bolsillos y la depositó sobre el mostrador.

El coche que iba lanzado a gran velocidad hizo de pronto un terrible frenazo. Fue justo ante la puerta. Luego reemprendió su ululante marcha, sin hacer caso de la luz roja en el cruce con la Octava.

Se oyó un grito. Johnny no necesitó ni volverse para saber que lo que acababan de soltar sobre la acera era el cadáver de «Kiki».

La muchacha que atendía el bar estaba espantosamente pálida. Ella veía de cara el bulto macabro que habían soltado ante la puerta, bulto ante el cual empezaba a congregarse la gente.

Johnny susurró, siempre sin volverse:

—Dígame, nena, ¿el muerto ha quedado de cara al cielo o de cara a tierra?

La chica le miró como una alucinada.

—De cara a... a tierra.

—Entonces he ganado la apuesta —dijo Johnny—. Hoy es mi noche de suerte.

Y volvió a guardarse el dólar que antes había dejado sobre la barra.

CAPÍTULO VI

La luz se proyectaba solo sobre un pequeño ángulo de la mesa, dejando el resto en sombras. El despacho, así, parecía mucho mayor. A través de la puerta se oía el murmullo de los detenidos que esperaban ser interrogados después de la *razzia* de aquella noche.

Johnny apretó otra pastilla de chicle con los labios.

Tenía los ojos entrecerrados. Sus movimientos eran los de un simple autómatas.

La puerta del despacho se abrió, y en el umbral apareció un agente.

—Jefe...

—¿Qué hay, Michel?

—Una chica desea verle.

—No estoy ahora para cuentos, Michel. Si tiene un lío con sus padres, dile que vaya al Patronato de Protección de Menores.

—No se trata de eso, jefe. Dice que quiere hablarle de Ned Sandor.

—Bueno, hazla pasar.

—Con mucho gusto. Es un bombón, jefe.

Michel abrió la puerta otra vez al cabo de unos instantes, para dejar paso a una chica. Johnny solo vio su silueta mientras ella se acercaba, a causa de la penumbra del despacho.

La puerta volvió a cerrarse.

Una rara sensación de intimidad, de silencio, de complicidad en cierto modo, les envolvió a los dos.

Ella se detuvo a un par de pasos de la mesa.

—¿Es usted Johnny Laurent?

—Ujú. ¿Quieres un chicle?

—Guárdese su bazofia.

—No eres muy amable, nena. Claro que el guardia me ha dicho que eras un bombón.

Movió la pantalla que había sobre la mesa, para que su concentrada luz se proyectara solamente sobre la figura de la chica. Ella llevaba un vestido de una sola pieza, de lanilla *beige*, que se pegaba a su escultural cuerpo como una segunda piel.

Las manos de la mujer entraron en la zona de luz. Se movieron. Empezaron a subir un poco la falda.

—Claro que soy un bombón. Y uso ropa interior de la mejor calidad. ¿Es que necesita comprobarlo?

Johnny apretó los labios.

—Deja eso, marrana.

Ella soltó la falda. Todo su cuerpo sufrió una crispación, como si el insulto hubiera sido una bofetada en pleno rostro.

—No es usted muy educado —susurró.

—No.

—Ya me habían dicho que a todos los policías de las brigadas especiales los escogían entre la gentuza.

—Y no es mentira —reconoció Johnny—. Para luchar contra según qué tipos, hay que haber crecido entre ellos. Yo mismo reconozco que soy hijo de estos barrios y que tuve una niñez muy poco... digamos, muy poco edificante. ¿Pero no te sientas?

Ella lo hizo. Entonces y solo entonces el disco de luz se proyectó sobre su rostro.

Johnny parpadeó. Durante algunos segundos, sus facciones quedaron espantosamente rígidas.

—¿Qué le pasa?

—Nada... —farfulló Johnny—. Nada...

—Si no le gusta mi cara, me la taparé también.

—Puedes ahorrarte el trabajo.

Verdaderamente, nadie hubiese podido mirar con indiferencia aquel rostro. Era uno de los más perfectos que Johnny recordaba haber visto jamás. Unos ojos azules, grandes y penetrantes. Una boca pequeña y de labios gordezuelos y rojos. Una piel limpia, fina, y al mismo tiempo coloreada por la salud y el deporte.

Se comprendía el asombro del guardia Michel. «Un bombón».

Johnny tendió la cajita de chicle a través de la mesa.

—Siento no tener cigarrillos —musitó.

Su actitud, visiblemente, había cambiado.

—Fumo poco —musitó ella—. Y, además, no he venido aquí a eso. Quiero hablarle de Ned Sandor.

—¿Sí?

—Usted lo ha detenido.

—Sí.

—¿Piensa tenerlo encerrado?

—¡Sí!

—¡Basta de hacer afirmaciones como un papagayo! ¿Solo sabe decir «sí»? ¡Quiero saber con qué derecho retiene a Ned!

—Estamos haciendo una investigación.

—¿De qué clase?

—No tienes que asustarte. Puede que sea una simple cuestión de rutina. Queremos saber de qué vive Ned.

—¿Va a estar mucho tiempo detenido?

—Unas veinticuatro horas. Luego decidiremos si enviarlo al juez o no. Es probable que sí.

Y Johnny la miró a los ojos.

—¿Por qué preguntas eso?

—Soy su novia.

—Ah...

Por los ojos de Johnny había pasado una expresión indefinida, algo que en aquel momento nadie hubiera sido capaz de descifrar.

—¿Cuántos años tienes? —susurró—. No, no me contestes... Deja que lo adivine. Tienes dieciocho.

—¿Cómo lo ha sabido? Parezco mayor.

—Sí, sí, lo pareces... Y se ve que tienes una salud magnífica. No sabes cuánto lo celebro.

—Oiga... ¿a usted qué le importa eso?

Johnny arqueó una ceja.

—¿Cómo está tu madre? —susurró.

—¿Qué madre?

—Mae.

Los labios de la muchacha temblaron. Por unos instantes pareció vacilar.

—No comprendo cómo sabe usted todas esas cosas. No creo que me hubiera visto nunca.

—Te equivocas. Ya te he dicho que crecí en el barrio. Lo que pasa es que luego estuve bastantes años trabajando fuera de Nueva York y mucha gente me ha olvidado.

—¿De qué conoce a mí madre?

Johnny hizo un gesto vago.

—Cosas...

—Si va a decirme que mi madre fue una artista de «burlesque», y que llegó a hacer *strip-tease* —dijo ásperamente la muchacha—, no hace falta que me ofenda con sus palabras. Lo sé muy bien porque me lo contó ella misma. Pero ahora hace un trabajo honrado. Es secretaria de un tal Holden.

—Sí, claro.

—¿Por qué dice «sí, claro» de ese modo?

—Por nada... No te excites, Gloria. Solo pienso que es muy natural que ahora tu madre se haya buscado un empleo absolutamente honesto. Y lo celebro de verdad.

—Usted celebra muchas cosas. Y sabe muchas más. ¿Qué edad tiene?

—Todo el mundo cree que veintiocho, pero a ti te diré la verdad: he cumplido los treinta y tres.

—Entonces es más joven que mi madre. Ella aún no ha cumplido los cuarenta, de todos modos. ¿La conoce mucho? ¿Va a intentar algo contra ella también?

—¡Oh, no...! ¿Qué tal muchacho es Ned? —preguntó de repente

Johnny—. ¿Habla de casarse?

—¡Claro que habla de casarse! ¿Pero a usted qué le importa?

—Es simple curiosidad... Dime qué haces tú. A qué te dedicas.

—He estudiado hasta ahora. A partir de este momento pienso empezar a trabajar —de pronto alzó la cabeza—. Oiga, ¿qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—No, no... Solo me intereso por la gente de mi viejo barrio No habrás terminado tus estudios aún, supongo.

—No.

—¿Por qué?

—Mamá tiene una cierta crisis de dinero. Anoche me habló de ello. Parece que el señor Molden ya no piensa pagar más unas primas que abonaba a todos sus empleados y, naturalmente, también a ella.

—Ya.

—Parece como si no lo creyera...

—Sí que lo creo, Gloria... Por supuesto que sí. Tú habías empezado a estudiar arquitectura, ¿no?

Ahora ella abrió la boca sencillamente asombrada.

—¿Cómo sabe eso también?

—¿Y qué tiene de particular que conozca a la gente de por aquí? Anda, toma un chicle.

—¡No me gustan! ¡Los aborrezco!

—Pues van bien para dejar de fumar, y son más baratos que el tabaco de Virginia. Hala, dime si no es una lástima que dejes tus estudios ahora.

—Lo es; pero, ¿qué voy a hacer?

—Lo que me pregunto es qué puede encontrar una chica como tú en un golfo como Ned.

—¡No le llame golfo! ¡No tiene derecho!

—Está bien, le llamaré golfillo. ¿Qué encuentras tú en un tipo de esa clase? Tú eres una chica culta, estás bien educada y se ve a distancia que eres una mujer fina.

—Él es distinto.

—Comprendo. El estar junto a él te produce una excitante sensación de aventura, ¿verdad?

—Es... es cierto. Me extraña que haya sabido definirlo tan bien. Junto a Ned siempre tengo la sensación de que cualquier cosa inesperada puede ocurrir, y eso llena mi vida. Es algo maravilloso.

—¡Hum! Se nota que tienes solo dieciocho años.

—¿Cree que más adelante pensaré de otro modo? Ahora sí que adivino que es usted un viejo, señor Laurent.

Johnny no se inmutó.

Sentía deseos de escupir el chicle y de hacer diana en alguna parte, pero se contuvo.

—¿Qué quiere? ¿Qué le deje? —susurró ella con voz tensa—. No lo haré. Cuanto más me lo digan, menos lo haré.

—¿Qué opina tu madre?

—Ella no opina nada. Parece como si no tuviese autoridad moral sobre mí. Desde que yo era una jovencita me he acostumbrado a sorprenderla llorando cuando cree que está sola.

Johnny entrecerró otra vez los ojos. Por unos momentos no hubo expresión en ellos, no hubo nada. Luego dijo, dejando caer las palabras una a una.

—¿Sabes, Gloria? Esta noche es muy especial para mí. Han matado a un hombre que podía ayudarme mucho, y Ned, cuando lo sepa, cerrará la boca. No va a serme útil, de modo que pienso dejarlo ir.

El rostro de la muchacha pareció iluminarse. Sus manos temblaron un momento sobre el borde de la mesa.

—¿De veras... va a dejarlo marchar?

—Te podrás ir con él si tú quieres.

—Señor Laurent...

—No, no me agradezcas nada. Odio las escenas entre chicas estupendas como tú y tipos vejastorios como yo —de pronto sus labios temblaron un momento, incomprensiblemente—. Le quieres mucho, ¿verdad?

—Creo... que sí.

Johnny movió una mano. Oprimió un botón del dictáfono.

—Ned Sandor en libertad —ordenó a través del aparato—. Cinco minutos para apuntar los datos en la ficha que ya tiene de otras veces, y a la calle. Procuren que no le vea nadie.

Gloria se había puesto en pie. Miraba a Johnny de una manera completamente distinta.

—Aunque usted odie las escenas, quiero darle las gracias, señor Laurent. No sabe lo que esto significa para Ned.

—Lo imagino.

—Si alguna vez necesita de mi ayuda, le aseguro que...

—Hala, pequeña, largo...

—Señor Laurent, es usted un tipo muy extraño.

—¿Por qué?

—Me trata como si fuese una niña. ¡Y no lo soy!

—Por supuesto que no, pero tampoco te creas una Mata-Hari. Buenas noches, Gloria. ¡Ah! Y no le cuentes nada de esto a tu madre.

—¿Por qué no?

—Si lo hicieras, tendrías que explicarle que Ned ha estado detenido, ¿verdad?

Gloria se mordió el labio inferior.

—Es cierto... No hablaré de esto con nadie. Gracias otra vez, señor Laurent.

Johnny la saludó con un leve movimiento de su brazo derecho. Su expresión seguía siendo inescrutable.

Al cerrarse la puerta frente a él, envió el chicle contra la papelería que tenía muy cerca de su sillón.

Y a pesar de la facilidad del blanco, esta vez no metió el chicle, sino la pata. No hizo diana.

CAPÍTULO VII

Holden había estado muy nervioso los dos últimos días, sin querer ver a nadie ni hablar con nadie. Pero al tercer día llamó por teléfono a Ned, que tenía su cuartel general en un restaurante, con licencia para expender bebidas alcohólicas, situado entre la Octava y la Novena Avenidas, en la calle Cuarenta y Tres.

—Tienes que venir, Ned. He de hablar contigo.

Ned tenía pensado acompañar aquel día a Gloria para que ella visitase algunos lugares donde podía emplearse. Hizo una mueca de contrariedad, pero comprendió que, de todos modos, no tenía más remedio que obedecer.

Fue, pese a ello, a buscar a Gloria.

—Tengo una reunión de negocios que durará unos quince minutos —dijo—. Puedes esperarme en el coche.

El coche era un descapotable blanco que Ned acababa de comprar al contado. Según explicó a Gloria, aquel dinero era parte de las comisiones que había ganado como vendedor de vehículos usados.

Rodaron a poca velocidad hacia el edificio donde estaba el apartamento de Holden. Aquel edificio tenía «parking» privado en un parque interior sobre el que se derramaba el sol de la mañana. Gloria encendió un cigarrillo y cruzó las piernas sobre el mullido diván del descapotable, mientras Ned Sandor subía para su entrevista de negocios.

Lo primero que hizo al ver a Holden fue decirle que todo aquello era una equivocación.

—Estoy vigilado —masculló—. ¿No te darás cuenta de que si me siguen hasta aquí se darán cuenta de la relación que me une contigo?

—Ya sé que estuviste detenido —dijo Holden.

—No fue culpa mía.

—También lo sé. Pero eso prueba que saben que estás a mis órdenes, de modo que ahora ya no vale la pena ir jugando a la gallinita ciega. Hemos de obrar de otro modo.

Ned se sirvió un chorro de *whisky*.

—¿De qué modo?

—¿Qué te dijo ese tipo, Laurent, al detenerte?

—Nada de interés. Por lo visto, solo quería asustarme de momento. Luego no sé qué hubiera ocurrido.

—Tú tampoco le dirías nada, Ned...

—No, por supuesto.

Holden se sentó en una de las butacas, acariciadas por el tibio sol, cerca

de la ventana.

—Ese tipo, John Laurent, era un tipo blando antes de ahora —susurró pensativamente—. Un buen policía, desde luego, y valiente hasta la temeridad, pero muy sensible. Es decir, a veces se mostraba demasiado comprensivo con gentes de su viejo barrio. Él, de niño, jugaba a pelota por ahí, por el West Side. Tuvo su banda de mozalbetes y todo. No cometían delitos, pero tampoco eran de los chicos que se pasan la vida en la escuela. Quizá todos esos recuerdos hacían que se mostrara muy blando con sus antiguos compañeros de juegos.

A Ned, la vida de Johnny Laurent le importaba tanto como un partido de béisbol entre chimpancés. Por eso dijo aburridamente:

—Ya.

—Todas estas cosas le hicieron descender —siguió Holden—. Ya sabes lo que ocurre. Para los altos tiburones de la policía, todo eso de los sentimientos son pura *mandanga*. El caso es que le han dado la última oportunidad.

—¿Meterse hasta el cuello en lo de las drogas?

—Así es. Tiene que empezar por desarticular la red de pequeños vendedores que hasta ahora dirigía Campbell. Desde allí irá subiendo y afilando los dientes todo lo que pueda. Su último objetivo soy yo.

—Comprendo.

—Esta vez no se mostrará sentimental ni blando, porque sabe lo que se juega. Un fracaso más y le degradan y se va a dirigir el tráfico a Long Island. No va a conocer a ninguno de los de su viejo barrio. Como es un tipo valeroso y que se las sabe todas, puede resultar un peligro mortal para nosotros. Pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Le han dejado solo.

Ned bebió de un solo trago su chorro de *whisky*.

—No entiendo. Esos cerdos siempre trabajan en equipo.

—Lo de Johnny Laurent es distinto. Es una especie de prueba; si nos vence, rehará su carrera. Si no...

También ocurre que un policía solo acostumbra a ser más eficaz en estos casos que una verdadera jauría. Estuvo a punto de atraer a su lado a «Kiki». Menos mal que yo lo eliminé a tiempo.

—Ya leí eso.

—Laurent es un tiburón que se ha metido en nuestras tranquilas aguas —recapituló Holden—, e irá mordiendo aquí y allá hasta que le echemos el anzuelo. De momento no quiero matarlo, sino asustarlo. Tú y Riley le daréis una paliza sensacional. Quiero que no pueda moverse en tres o cuatro semanas.

—¿No usará su pistola?

—Se la quitaréis a tiempo. Emplea a Gaby.

—¿Dónde?

—El club de Sídney es un buen sitio.

Ned se puso en pie.

—Ajajá. Lo haré esta noche. Desde hace un par de días, sé que él siempre se deja caer por allí.

Fue a salir, pero Holden le detuvo con un ademán.

—Hay algo más. Algo bueno para ti.

—¿Sí?

—Te he dicho antes que Campbell dirigía la red de pequeños distribuidores. He hablado en tiempo pasado, ¿no? Porque ahora ya no la dirige. Campbell ha demostrado ser un inútil. La dirigirás tú si te sacudes de encima a ese tipo.

Ned sonrió, mientras sus ojos se iluminaban sin que pudiera evitarlo.

El puesto de Campbell significaba dinero largo todos los días del año. Una comisión sustanciosa sobre cada sobrecito de droga que pasaba de un bolsillo a otro. Se vendía la *mandanga* en los clubs juveniles, en las calles, en los Bancos más serios del país... ¡Incluso en las propias oficinas del Gobierno! Había más de un alto secretario federal que estaba empuarrado de heroína hasta el cogote.

Todo aquello representaba un río de oro con un mínimo esfuerzo, puesto que la red ya había sido formada por Campbell, y él poco tenía que modificar en ella.

Holden notó el impacto que todo aquello había producido en Ned.

—Tendrás que efectuar algún pequeño cambio —añadió—, como, por ejemplo, eliminar de la circulación a una distribuidora llamada «Ma» Sewon. Cometió un error al tener mercancía en un lugar visible de su casa, y la enchironaron. Ahora está en libertad bajo fianza. Pero temo que hable demasiado cuando se celebre el juicio.

—¿Quieres que la asuste también?

—No, no... —Holden sonrió—. He dicho bien claramente «retirla de la circulación».

Se asomó a la ventana y miró hacia abajo, hacia el «parking» particular del edificio.

—¿Es tuvo ese descapotable blanco?

—Ujú.

—¿Y la chica también es tuya?

Ned entrecerró los ojos.

—Solo una amiga.

—Muy bonita. Una auténtica preciosidad. ¿Quién es?

Ned sabía muy bien que Mae, la madre de Gloria, era o había sido hasta poco antes la amiga del patrón. Se guardó muy bien, por consiguiente, de relacionar a una con la otra.

—La he conocido hace poco —gruñó—. Estudia en la Universidad. Una

chica difícil.

Hizo un saludo y salió. La última conversación sobre Gloria le había dejado mal sabor de boca.

Pero pronto se olvidó de eso para preparar el asunto de Johnny Laurent. Le haría pagar la paliza de la otra noche. ¡Claro que se la haría pagar! Con intereses bancarios y gastos de giro...

★ ★ ★

Johnny sabía bien que la labor de un policía se divide en dos grandes partes. Primero, inspiración; segundo, rutina.

Un policía sin inspiración se convierte en una especie de guarda de almacén que acaba criando ratones en un archivo; un policía sin rutina, es decir, sin método, trabaja en el vacío y no obtiene éxito por falta de base.

Debido a ello, Johnny siempre hacía su ronda por los lugares sospechosos. Tomaba nota de los presentes y recordaba a los ausentes; se fijaba en quién hablaba con quién, recordaba luego quién había gastado dinero en una determinada fecha y quién, en la misma, estaba sin blanca.

Y aquella noche, como de costumbre, se dejó caer por el club de Sídney.

Este se hallaba instalado en un sótano a cuya puerta había amarrado un gato. El gato maullaba lastimosamente hasta que le dejaban en libertad y los clientes decían que eso daba «tono» al tugurio. Por las tardes actuaba un conjunto «ye-yé» y se veía en la sala a muchos jóvenes alegres. Por la noche, los mismos jóvenes estaban taciturnos y pensativos. Solían beber *whisky* hasta quedar dormidos sobre sus taburetes.

Ned vio que aquella noche había cuatro jóvenes acodados en la barra. Cuatro jóvenes y una chica.

Ella, Gaby, había cruzado las piernas y demostraba claramente que pudo haber sido una gran *vedette* caso de proponérselo. El punto en que las medias terminaban hubiera hecho parpadear a cualquiera. Pero Johnny no se fijó en eso, sino en algo mucho más especial; todos los que estaban allí mascaban chicle.

Se acodó en la barra y pidió:

—Un «bourbon» sencillo.

Gaby giró sobre su taburete y le rozó con las piernas. Su sonrisa era encantadora, pero la boca le olía a alcohol. Johnny no la miró a ella, sino a Ned, que estaba sentado al fondo de la sala.

—¿No estás muy serio, cariño? —susurró Gaby—. ¿Cómo es que no nos dices esta noche que cualquier día vas a pedir que nos cierren el club?

—Cualquier día voy a pedir que os cierren el club —gruñó Johnny—. Y a ti te van a enchironar por una buena temporada, Gaby. Todo el mundo sabe que robas carteras en los autobuses.

—Eso son habladurías, cariño. Yo nunca he robado nada.

—¿No?

—Soy muy buena nena, y además tengo los dedos muy torpes.

—¿Sí?

—No puedo sujetar nada con ellos. Peor que una paralítica.

—Vaya, vaya...

De pronto tiró del brazo derecho. La pistola de Johnny estaba hábilmente prendida entre sus dedos pulgar e índice. La verdad era que él ni siquiera se había dado cuenta.

Gaby lanzó el arma hacia atrás, para que la recogieran los otros.

—¡Tomad, chicos! ¡Su artillería!

Johnny dio un tirón de la pierna izquierda de Gaby, y el zapato saltó al aire.

—¡Tomad, chicos! ¡Una de sus medias!

Y una cosa vaporosa y suave saltó sobre la barra. Gaby lanzó un grito, mientras abría unos ojos como platos.

—Pero, ¿cómo has podido? ¡Si no he notado nada!

—Yo también estoy paralítico de los dedos, nena.

El vaso de ginebra pura que Ned le envió a los ojos dejó por un momento ciego a Johnny. Inmediatamente los cuatro tipos que estaban en la barra se abalanzaron sobre él.

Eran fuertes y estaban acostumbrados a pegar. Johnny recibió cuatro impactos en menos de cuatro segundos y cayó a tierra.

Sídney, el dueño del club, puso al máximo el tocadiscos automático. El gato de la entrada se puso a berrear como un condenado.

Aquello parecía la invasión de Guadalcanal.

Johnny movió la derecha y cazó una mandíbula en su camino. El tipo que acababa de recibir la caricia saltó por los aires, quedó sentado en la barra y luego dio una vuelta de campana, cayendo ni otro lado de esta. Un segundo enemigo recibió un codazo en el estómago que le hizo tener la sensación de que las primeras papillas que le había dado su madre estaban demasiado agrias.

Pero Ned ya estaba a espaldas de Johnny. Sin que este pudiera evitarlo, le sujetó por detrás ambos brazos.

—¡Maldito...!

Johnny no había perdido el tiempo. Puesto que Ned le sostenía al sujetarle, él levantó ambas piernas y cazó al enemigo que tenía enfrente. Lo vio dar una voltereta, quedar empotrado en la barra y gemir como un poseso.

Ned le soltó de repente, antes de que él hubiera podido volver las piernas a su posición normal. Johnny cayó al suelo lanzando una imprecación.

Un hábil puntapié de Ned le hizo quedar de bruces en tierra. Antes de que se diera cuenta, ya tenía otra vez los brazos a la espalda... ¡y uno de

sus enemigos le puso unas esposas en las muñecas!

Johnny se dio cuenta de que estaba perdido. Aquello no era casualidad, sino que todo había sido cuidadosamente preparado. Entre los cuatro tipos quizá intentarían matarle. Cuatro sin contar la mujer, que era quizá la más peligrosa.

Pero las sorpresas de Johnny no habían terminado aún. Le faltaba una de las peores.

De pronto comprendió por qué allí todo el mundo mascaba chicle aquella noche. No había sido solo para burlarse de él.

Le pegaron las cuatro bolas en los ojos, dos en cada uno de ellos. La fuerza de sus párpados fue insuficiente para volver a alzarlos. La masa pegajosa y que se endurecía progresivamente, le había dejado ciego.

Pateó desesperadamente, intentando cazar a alguno de sus enemigos, pero estos no se pusieron a tiro. Y Gaby decidió emplear sus altísimos y agudos tacones.

—¡Maldito! —masculló—. ¡Has querido burlarte de mí! Pensabas demostrarme que eres hábil con los dedos, ¿no? ¡Toma!

Le clavó el tacón en una de las mejillas, cerca del párpado. Johnny sintió un agudísimo dolor.

Los otros cuatro le golpeaban también con los pies, pero buscando los flancos. A pesar del dolor terrible que le dominaba, Johnny logró calcular, por la dirección de los golpes, dónde estaban sus enemigos, y movió una de las piernas en dirección al más cercano de ellos.

El terrible puntapié en el bajo vientre hizo que su víctima se contorsionara y empezara a brincar de un lado a otro, lanzando alaridos. Lo curioso era que el tipo parecía brincar al son de la música de la gramola, que ahora lanzaba desaforados aullidos también. Gaby volvió a emplear los tacones de sus zapatos.

Johnny sentía la sangre correr por su rostro, pero no era eso lo que más le importaba. Temía que uno de los puntapiés en los flancos le hiciese estallar el hígado.

Intentó cubrírsele con los codos lo mejor que pudo, aun a riesgo de que le astillaran las costillas. Pese al dolor insufrible, aún trató de ponerse en pie. Lo que más temía era aquella ceguera que le impedía esquivar los golpes y ver desde dónde los lanzaban sus enemigos. Se apoyó en la barra y propinó un cabezazo al vacío, que alcanzó por casualidad la frente de uno de sus adversarios. Este se tambaleó como si le hubieran golpeado con una catapulta.

Pero la resistencia de Johnny tocaba a su fin.

Había recibido ya demasiado. Sus fuerzas Paqueaban, y las rodillas empezaban a doblársele. Cayó otra vez, y entonces sus enemigos se dedicaron a pisotearle la cabeza.

La sangre cubría completamente su rostro. No tardó en quedar «groggy»

y en sentir solo muy confusamente los golpes que recibía. Al fin, Ned hizo una señal para que dejaran de golpearle.

—Basta.

—Yo le «repasaría» aún mejor —balbució Gaby—. Me gusta ver a los hombres convertidos en guiñapos. Son todos unos cerdos...

—No te va bien con ellos, ¿eh, muñeca?

—¡Calla, imbécil!

Ned hizo un gesto de aburrimiento con los brazos.

—Es suficiente. Yo hablé de darle un escarmiento para que abandonara su trabajo, no de matarlo. Creo que se nos ha ido la mano un poco. A ver, tú, Sídney, córtale la garganta a ese tío que canta por el tocadiscos. Tú, Gaby, inocente gacela, sal a la calle a ver si hay peligro. Si ves a una pareja de polizontes, les enseñas las piernas y seguro que se largan.

—Tienes una gracia que da dolor de riñones, nene.

Pero salió. Mientras tanto, Sídney había apagado ya el tocadiscos automático. Un atroz silencio se había hecho ahora en el local, silencio que solo era roto por los maullidos desesperados del gato.

Gaby volvió a entrar, se encaramó a un taburete y empezó a ponerse calmosamente la media que le faltaba.

—Pues sí que tiene los dedos ágiles para ser un condenado policía... Ya podéis sacarle fuera. No se ve a nadie.

A la puerta estaba el nuevo coche blanco de Ned, pero con la capota echada. Johnny, sin sentido, fue cargado como un fardo en la parte posterior, y Ned y uno de sus amigos se instalaron en la parte delantera. Rodaron a buena velocidad hacia el Hudson, a poca distancia de allí, y se detuvieron en una zona muy solitaria y tranquila a aquella hora, cerca del mausoleo de Grant.

—Va a ir al agua —decidió Ned.

—¿Esposado?

—Ajá.

—Lo más fácil es que se ahogue...

—No temas... Estos fulanos tienen siete vidas. En cuanto el agua le despabile, procurará sostenerse con los pies. Y si no lo consigue, peor para él.

Ned había bebido. Estaba excitado por: a lucha y el alcohol y no se encontraba en sus cabales. Su amigo lo notó.

—Más valdría que lo dejaras aquí y te fueras con Gaby. Ella lo está deseando, a pesar de lo que ha dicho de los hombres.

—Deja que arregle esto a mí modo.

Sacaron al exánime Johnny y lo transportaron velozmente hasta la orilla. Una vez allí lo arrojaron a la fría corriente. El cuerpo produjo un chapoteo y se hundió.

—Lo de la paliza era una cosa y esto es otra —dijo temerosamente el

amigo de Ned—. ¿Sabes lo que puede significar si muere? La silla eléctrica para los dos.

—No habrá pruebas. No habrá pruebas de ninguna clase, ni siquiera contra Sídney. Además se salvará y dejará este asunto de una vez. Pronto le veremos pedir el cese, con el rabo entre piernas.

Johnny se despabiló, tal como habían pensado, al sentirse hundido en la helada corriente. De una forma instintiva intentó mover las manos y se dio cuenta de que las tenía esposadas. Una rabia sorda, lacerante, le llegó hasta el corazón.

¡Aquello era un asesinato miserable! ¡Habían querido que se ahogase poco a poco!

Tensó el cuerpo y se dio impulso con los pies. Así, y ayudado por el aire que conservaba en los pulmones, logró salir a la superficie.

Pateando en el líquido helado, logró mantenerse a flote, pero no pudo evitar que la corriente lo arrastrase poco a poco hacia el centro del río. Su fin, en estas condiciones, era más que previsible. Nadie le vería en la oscuridad nocturna, y poco a poco el frío y la fatiga le haría ir cesando en sus esfuerzos. Entonces se hundiría un par de veces y ya no volvería a emerger más.

Su situación era desesperada.

Y su muerte iba a resultar mucho más horrible, porque se trataba de una muerte lenta.

Un carguero fluvial pasó lenta y pesadamente a poca distancia, transportando madera hacia la bahía, hacia la zona del puente Varrazzano. Johnny gritó, pero inmediatamente el agua penetró en su boca, tan hundido estaba. El carguero se perdió silenciosamente entre las sombras. Algunos coches pasaban a gran velocidad cerca de la orilla, pero sus conductores no le veían, y además Johnny se iba alejando paulatinamente de la orilla.

Un poco más y estaría definitivamente perdido.

Se ahogaría silenciosamente en el centro de una ciudad de diez millones de habitantes. Al día siguiente lo encontrarían flotando en el estuario y sus jefes dirían simplemente que era un idiota y que perdió su última oportunidad.

De repente le pareció ver una silueta blanca en la orilla. Una cosa también blanca voló hacia él.

Johnny tardó en darse cuenta de que era una cuerda de seda, similar a las que se emplean para remolcar automóviles. Tenía un gancho en su extremo, y la cuerda se hundió a dos yardas de distancia. La muchacha que la había lanzado —pues se trataba de una chica—, la recogió y la volvió a lanzar, esta vez con más temple.

Johnny no podía contar con sus manos y no tenía más remedio, pues, que sujetarla con los dientes. Lanzándose frenéticamente, lo consiguió. La

muchacha empezó a tirar de la cuerda muy poco a poco.

Johnny sentía que la cabeza se le iba materialmente bajo el agua. Se ahogaba, y sin embargo, tenía que concentrar todas sus energías en aquel gesto desesperado para no soltar la cuerda. Cuando ya estaba a punto de desfallecer, sintió que su cuerpo chocaba contra la orilla.

Ahora la muchacha tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. Venía la parte más difícil, tanto para Johnny como para ella. Porque si a uno de los dos les fallaba la resistencia, todo se perdería.

La chica jadeaba. No podía ya más. Al fin logró izar a Johnny lo suficiente para sujetarle por la americana, y el policía pudo soltar la cuerda.

Un último esfuerzo, y los dos quedaron tumbados junto a la orilla, incapaces de decir una palabra y jadeando sordamente. Johnny sentía un dolor muy punzante y muy suave en el corazón. Se daba cuenta de que este podía fallar en cualquier momento.

Al fin se fueron reanimando. Johnny abrió los ojos y miró a la muchacha.

—Gracias, Gloria...

—Tienes restos de chicle en los ojos. ¿Es que... también... lo masticas con las pestañas?

—Ya te explicaré. Creo que... voy a aborrecer... el chicle... para toda mi vida.

—Menos mal que tenía una cuerda para remolque en mi coche... Si no... No sé qué hubiera hecho.

—¿Cómo me viste?

—Yo sabía que Ned... solía ir algunas noches... a un club... que no me gustaba. Lo fui a buscar, y cuando llegué distinguí su coche que se alejaba... Lo seguí... Pero él era más rápido. Por poco no llego a tiempo...

—¿Te han visto ellos?

—No...

Los dos hablaban todavía entrecortadamente. Descansaron unos minutos más, hasta que Johnny balbució:

—Gloria, nunca te agradeceré bastante...

—No tienes que agradecerme nada... Pero te voy a pedir un favor. No quiero que Ned... vaya a la silla eléctrica.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

—Hay muchas cosas que se desmoronan en un solo minuto... pero nunca se desmoronan del todo, absolutamente. No hay un fuego que se apague en un solo segundo. Siempre queda un rescoldo... Eso es lo que me ocurre con Ned. Esta noche siento como si nuestro amor estuviera rodeado de cenizas. Pero vive todavía.

—No te preocupes, no le denunciaré. En realidad pienso que solo quería vengarse por lo de la otra noche.

—¿No hay nada más?

Johnny mintió, porque se daba cuenta de la gravedad del asunto. Se daba cuenta de que ahora Holden lucharía contra él con todas sus fuerzas y todo su poder.

—No, no hay nada más.

—¿Puedes andar? Tengo mi coche ahí parado.

—Antes quítame las esposas. Hay una llave en el bolsillo derecho de mi pantalón. Por favor...

Ella la buscó. Hizo girar la llave, y Johnny pudo frotarse al fin las muñecas doloridas, pero ya libres.

—Vamos —susurró.

—Apóyate en mí.

Él lo necesitaba. Se apoyó levemente en la muchacha mientras ambos caminaban hacia el coche, de un modelo ya muy anticuado, que se hallaba a poca distancia.

Un lujoso «Cadillac» pasó junto a ellos. Lo conducía un tipo sesentón, y a su lado iba una corista.

—¿Te has fijado? —musitó ella—. No han debido tener bastante con besarse. Hasta por la calle tienen que ir abrazados...

—Sí —gruñó el sesentón—. En Nueva York, uno ve cada cosa de espanto. La gente no tiene vergüenza. Anda, dame un besito, nena.

CAPÍTULO VIII

El apartamento era pequeño y sencillo, pero estaba muy limpio. Se llegaba a él ascendiendo por una de esas estrechas y sombrías escaleras que abundan en el West Side. Sus dos ventanas se abrían a un patio interior donde había docenas de chimeneas y maullaban docenas de gatos. Pero no podía negarse que el interior era confortable, y Johnny se sintió aliviado solo al encontrarse allí.

—¿Es tuyo? —balbució.

Gloria terminó de cerrar la puerta.

—No. Es de mi amiga Vicky. Ella vive en Omaha, pero sus padres quieren que estudie en Nueva York. Tiene alquilado esto.

—¿Y te deja la llave?

—A veces vengo a verla y estudiamos las dos juntas. Sobre todo los fines de semana, a final de curso. Por eso tengo una llave desde hace mucho tiempo.

—¿Y ella no está aquí?

—No. Ha aprovechado una pausa en las clases para ir a ver a sus padres, y volverá el martes. Yo, mientras tanto, procuro que esto esté en orden.

Johnny se quitó la americana. Su camisa chorreante se le pegaba al cuerpo y hacía que se marcara rudamente su poderosa musculatura.

Gloria se dijo, de una forma inconsciente casi, que era mucho más fuerte y más viril que Ned.

—Deberías darte una ducha caliente —dijo—. Luego te pones un albornoz de Vicky. Los usa muy largos.

—Y después salgo a la calle con uno de sus vestidos, ¿no?

—Iré a tu apartamento y te traeré ropa. ¿Vives solo?

—Sí.

—Perdona, no sabía si eras soltero o casado.

Johnny se desprendió de su corbata pesadamente.

—Te lo agradeceré mucho, Gloria. Aquí tienes la llave.

—Te he traído aquí en lugar de a tu casa —explicó ella—, por si a ellos se les ocurría vigilar el apartamento y repetir su golpe. Al menos aquí estarás seguro. Puedes descansar todo el tiempo que quieras.

—Gracias otra vez. ¿Hay *whisky*?

—Sí, en ese armario. Lo que no hay es chicle.

Johnny hizo un gesto de hastío, como si espantara una mosca, y sacó la botella para servirse una buena ración. Mientras, Gloria hacía funcionar el termo a gas y salía silenciosamente.

Al quedar solo, Johnny se desnudó por completo y se introdujo bajo la ducha, dejando que el agua caliente se derramara sobre su piel. Al principio las heridas volvieron a dolerle mucho, pero pronto se sintió mejor. Sus músculos se relajaron poco a poco, y fue desapareciendo aquella sensación de frío que le llegaba hasta los huesos.

Se estaba secando vigorosamente cuando oyó la puerta abrirse y cerrarse otra vez, y enseguida la voz de Gloria.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor. Deja la ropa en el pasillo, por favor, junto a la puerta del cuarto de baño.

Ella lo hizo así, alejándose a continuación. Johnny terminó de secarse, recogió la ropa y se vistió por completo. Parecía otro hombre cuando regresó a la salita, a pesar de las cicatrices que aún se marcaban en su cara.

Gloria parecía muy seria. Le miró de una forma extraña.

—Pareces otro, Johnny.

—Celebro que me trates de ese modo. La primera vez me llamaste «señor Laurent», y eso me sonaba extraño.

—Tengo que hablar contigo.

La actitud de la muchacha había cambiado, aunque no se podía precisar en qué. Johnny intentó sonreír.

—¿De qué hemos de hablar?

—De dos cosas.

—Vamos, dispara...

—En tu apartamento había, entre las camisas, una foto de mi madre. Una foto de mi madre cuando era muy joven. No, no creas que la he buscado... —adelantó un brazo—. Estaba allí. La he tenido que ver a la fuerza, en el fondo del cajón.

Johnny se mordió el labio inferior. La verdad era que tenía viejas fotografías por todas partes. No se le había ocurrido pensar en aquello.

—¿De qué conoces a mamá? —preguntó directamente ella.

—A Mae la conoce mucha gente.

—Pero la foto de que hablo corresponde a una época en que la conocía muy poca gente. Entonces ella debía haber cumplido diecinueve o veinte años. Todavía no había llegado a ser... lo que fue.

—Yo era más joven que ella —suspiró Johnny—. Debía haber cumplido quince años.

—¿De qué os conocíais?

—Éramos del mismo barrio. Yo aprecio a la gente de aquel lugar. Me gusta recordarla.

—¿Solo por eso tienes su foto?

—Ujú.

—Pues hay una dedicatoria que está borrada. Me gustaría saber lo que

dijo.

—Una cursilería... ¿Qué puede decir una chica de diecinueve años a un chico de quince?

Gloria se tranquilizó. Tomó asiento en un diván, mientras sus músculos se relajaban.

—Quizá a mí madre le guste verte —dijo—. Ella también, a veces, se pone a recordar. ¿Por qué no la visitas nunca?

—A una mujer que hace poco aún era famosa, no le favorece la amistad de un viejo policía.

—¿Viejo...?

—Como si lo fuera —dijo lentamente él—. A mis treinta y tres años, me han dado la última oportunidad. «O pescas a los traficantes de drogas o te pasaportamos, hermanito. Vas a ir a los archivos de la Brigada, a rellenar fichas de delincuentes que son más listos que tú».

Se sirvió otro chorro de *whisky*. El silencio y la luz concentrada de la pantalla, que realzaba el maravilloso cuerpo de Gloria, eran excitantes. Pero diríase que Johnny pensaba en otra cosa.

—Hay más —dijo Gloria.

—¿Sí?

—Por supuesto. Esta mañana he recibido una nota muy curiosa en mi casa. Era de la Universidad. Se me comunicaba que mi matrícula y pensión durante el curso que ahora ha empezado, estaban pagados ya.

—Tu madre tendría algunos ahorros...

—Mi madre gasta demasiado y nunca ha tenido un níquel guardado. Además ella se quedó tan sorprendida como yo.

—Pues no sé qué puedo yo decirte sobre eso...

—¿Por qué me has pagado tú la matrícula y la pensión, Johnny?

El abrió mucho la boca. El *whisky* tembló en su vaso.

—Mira, Gloria, yo...

—¿Por qué lo has hecho?

El depositó el vaso sobre una mesita. Hizo un gesto violento.

—Son figuraciones tuyas, muchacha.

—Tú eres la única persona que conocía mis apuros para seguir estudiando.

—Y Ned...

—Ned es otra clase de hombre. Le molestaba que yo fuese a la Universidad. Decía que los libros nos acabarían alejando uno del otro, y que además el estudiar nunca ha dado dinero largo a nadie. Lo importante es saber hacer negocios.

—En eso no le falta razón.

—Trato de demostrarte que ese dinero no lo ha soltado él. Solo puedes haberlo hecho tú. Y me pregunto, ¿por qué?

El cerró un momento los ojos. Hacía un visible esfuerzo para no

ponerse nervioso.

—Hablemos de otra cosa, Gloria.

—Johnny...

—¿Qué?

La luz de la pantalla seguía siendo concentrada, íntima. Seguía siendo una especie de cómplice que los unía a los dos.

—Johnny... ¿cuándo te enamoraste de mí?

El abrió los ojos. Sus labios se doblaron en una mueca indefinible, extraña. Se puso de repente en pie.

—¿Adónde vas?

—A recoger la ropa mojada y largarme, nena.

Pareció como si a ella le dieran una bofetada en pleno rostro. Se enderezó.

—¡Johnny!

—Te sabe mal que te considere una niña, ¿verdad?

—No soy una niña.

—Quizá no... para otro. Para mí lo eres.

—Nuestra diferencia de edad no resulta tan asombrosa. Nos llevamos quince años. Además yo no he dicho que esté enamorada de ti... ¡Ni lo sueñes! Pero quiero saber por qué te intereso y por qué has hecho unas cosas que nadie te había pedido.

—Cada año suelo hacer limosnas —dijo brutalmente Johnny.

—¡Mientes!

—Piensa lo que quieras. Pero si has llegado a soñar que yo me había enamorado de ti, vas lista, hermanita.

Fue al cuarto de baño, recogió la ropa mojada y la envolvió en un albornoz. Luego regresó a la sala.

Parpadeó.

La actitud de Gloria había cambiado. Estaba pensativa en el diván y no le miraba. Daba una extraña sensación de tormenta interior. Diríase que sufría, que sufría intensamente. Johnny apretó los labios y se detuvo en el umbral, porque de pronto ella le pareció distinta.

De pronto la muchacha alzó los ojos. Le envolvió en su mirada cálida, le hizo estremecer con ella.

—Johnny, lo que he dicho esta noche no lo había dicho jamás. Tampoco he estado jamás en una habitación sola con un hombre.

—Me alegro saberlo. Y si quieres seguir el consejo de un viejo policía, sigue por ese camino.

Ella entreabrió los labios.

—Johnny, solo tú puedes salvarme.

—¿Salvarte de quién?

—De Ned.

El parpadeó. Toda su seguridad parecía vacilar. Cualquiera habría

podido darse cuenta de que estaba siendo sometido a una dura prueba.

—¿Qué pasa con Ned?

—Te habrás dado cuenta ya de que le quiero. No te miento; junto a él la vida me parecía maravillosa, me parecía distinta. Pero no he perdido el conocimiento del todo, y sé que la vida no son solo los jóvenes años. Detrás de los primeros besos hay algo mucho más grave. Desde hace tiempo sé que Ned no me conviene, pero no logró arrancarlo de mi pensamiento. Si yo fuera rica, haría un viaje de seis meses a Europa y tal vez consiguiera olvidarlo. O, si no tuviera a mí madre, me iría a trabajar fuera de la ciudad, donde él no pudiera encontrarme. Pero en mis condiciones nada de eso puedo hacer. Estaba ya casi resignada cuando de pronto me ha parecido vislumbrar algo. Me he dado cuenta de que una pasión puede matar a otra. Ha sido como un rayo de luz. Por ahora todo esto no significa nada, Johnny... Pero si tú me ayudaras un poco sé que podría olvidar a Ned.

Él estaba quieto como una estatua en el umbral del pasillo. Con su alta estatura parecía dominar a la inquieta y dulce Gloria. Sentía la mirada de esta penetrar en su piel.

—Podría enamorarme de ti, Johnny... si tú me ayudaras. Sé que quizá valgo muy poco. Pero todo podría ser distinto si tú quisieras pensar en mí.

El apretó los labios. Dijo cruelmente:

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—¡Te estoy desnudando mi corazón! ¡Te estoy hablando como no he hablado jamás a ningún hombre! ¡No es ayuda lo que quiero! ¡Es un poco de comprensión... si resultas capaz de sentirla!

La sonrisa de Johnny fue cuadrada, fría.

—No sé de qué hablas —dijo rudamente—. Pero para tu buen gobierno te diré que no te besaría por nada del mundo, pequeña... ¡Tus labios aún huelen a biberón! ¡Buenas noches!

Gloria quedó anonadada, atónita, como si le hubieran dado un golpe entre los ojos. Por unos instantes, su mirada se extravió.

La puerta se cerró de un seco golpe.

Entonces la muchacha se ocultó la cara con las manos y prorrumpió en sollozos.

CAPÍTULO IX

Ned Sandor dejó su descapotable blanco ante la puerta del gimnasio y saltó a la acera flexionando las piernas, sin abrir la portezuela.

Luke Zervis, su viejo amigo, le estaba aguardando.

—Hola, Ned.

—Hola... ¿Qué tal, Luke? ¿Por dónde te descuelgas?

—He estado un tiempo trabajando en el Oeste, pero las cosas han ido mal. Ya ves...

Señalaba sus ropas sencillas, demasiado sencillas, en comparación con el traje impecable de Ned.

—¿Necesitas trabajo?

—Si hay dinero gordo, sí. Ya estoy harto de pasar hambre y de no poder pagar ni una copa a una chica.

—Yo siempre tengo trabajo para los amigos —dijo Ned—. Puede que te ganes un buen puñado si eres decidido. Ven mañana a verme al club de Sídney. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo! ¿Gaby? ¿Aún va por allí?

—Sí, y además está más bonita que nunca. Antes se la veía un poco huesuda, pero ahora... Bueno, es una chica sensacional, aunque un poco extraña. Descuélgate por allí mañana por la noche.

—¿No puedes anticiparme de qué se trata?

Ned pensaba en «Ma» Sewon. Llevaba días buscando a un tipo seguro que pudiera encargarse de ella. Luke Zervis resultaría ideal para aquel trabajo.

Pero no lo dijo aún.

—Tú descuélgate por allí —insistió—. Los dos hablaremos... con dinero por delante.

Dio una palmada en la espalda a su amigo y entrón en el gimnasio. Cuando iba a cerrar la puerta, Luke gritó:

—¡Eh, muchacho! ¡Tu hermano Thomas es posible que salga enseguida! ¡Las damas de la junta de Libertad Vigilada se derritieron al verle! ¡Están preparando un informe que es de aúpa!

Ned cerró, mientras una estrecha arruga se dibujaba en su frente. Thomas... Con el tiempo se había ido convirtiendo en una especie de fantasma para él. Había tratado de olvidarlo para así olvidar también el medio millón de dólares. Ahora todo aquel asunto resucitaba. Habría dinero —quizá demasiado dinero— para los dos.

Ned hubiese preferido esperar un poco más. Aquel asunto aún estaba «caliente», aún era peligroso. Thomas quería disfrutar enseguida del

dinero sin darse cuenta de que le tendrían el ojo echado encima. En la junta de Libertad Vigilada, no solo había señoras que se derretían ante los jóvenes guapos como Thomas Sandor, sino fulanos de setenta años que tenían ya la cara de piedra.

En fin, pensaría en eso.

El gimnasio estaba vacío a aquella hora. No resaltaba extraño, porque podía ahora permitirse el lujo de pagarlo en exclusiva para él durante sesenta minutos.

El profesor se acercó.

—¿Sesión especial, señor Sandor?

—Sí. Un poco de «punching», después una buena ducha y al fin masaje.

—Muy bien, señor Sandor.

Él se puso un slip y se calzó unos guantes de boxeo. El «punching» estaba preparado. Ned empezó a aporrearlo sabiamente, dando a sus golpes colocación y potencia.

—Pronto me gustaría hacer algún combate de entrenamiento con un «sparring» —dijo en voz alta.

—¿Y por qué ese «sparring» no puedo ser yo? —preguntó una voz.

Ned se volvió de repente. Vio a Johnny Laurent apoyado negligentemente en las cuerdas del *ring* del gimnasio, mirándole con fijeza. Las cicatrices de su cara le daban un aspecto inquietante. Sus puños se cerraban de una manera peligrosa y extraña.

El entrenador estaba junto a la puerta.

—Lo siento, señor Sandor —musitó—. El lleva placa. No he podido negarle la entrada.

—No te preocupes. El caballero no viene a nada malo. Solo viene a charlar. ¿Verdad, Laurent?

—Ujú.

—Puedes dejamos solos.

Ned se acercó. Sus ojos brillaban peligrosamente.

—¿De dónde ha salido, Laurent? ¿No tuvo bastante la otra noche? ¿Quiere más? ¿O tal vez viene a anunciarme que se bate en retirada y que me va a echar a la jauría encima?

—No tendría pruebas para hacerlo, Sandor. Demasiado sé que cincuenta testigos saldrían de todas partes jurando por su madre que tú estabas a aquella hora barnizándoles los muebles en su casa. Este asunto lo empecé yo solo y lo terminaré yo solo, muchacho.

—La última oportunidad, ¿eh?

—Ujú. La última.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Voy a llevarte a declarar por las buenas o por las malas. Quiero que nos firmes un documento. Que escupas por escrito la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que te paga Holden.

—Está borracho si cree que voy a firmar eso, amigo. Ni un niño de pañales caería en la trampa.

—O tú, o él, Sandor. Si le denuncias, puedes salvarte. Aunque te parezca mentira, es eso lo que pretendo. Si le apoyas y sigues en su barco, te hundirás, con él.

—No hay quien hunda a Holden. Y mucho menos un pobre tiparraco que está completamente solo.

Las facciones de Johnny se tensaron levemente.

—Lo de la última oportunidad ya me lo has dicho una vez. Creo que es bastante.

—Sigo junto a Holden. ¿Qué pasa?

—Piénsalo todo el día, Sandor. Mañana volveré.

—Quizá no haya mañana. Quizá se repita lo da la otra noche. ¿O quizá no volverá a hacer su ronda por el club, Laurent? ¿Tal vez se asustó para siempre?

—Estás acabando con mis nervios, Sandor. Y eso es malo. No conviene fastidiar a un tipo que está mal de los nervios.

—¿Sí, eh? Atrévase a pegarme, polizonte. Tengo un buen testigo en el dueño del gimnasio. Le denunciaré.

—No se trata de eso. Tú has dicho antes que te gustaría hacer guantes con un «sparring».

—¿Y qué?

—¿El «sparring» no puedo ser yo?

Ned parpadeó. Miró confusamente a Johnny.

—¿Es que tienes miedo? —susurró este.

—¿Miedo? Pasa a las cuerdas.

—Claro, muchacho...

Johnny pasó al *ring*. Ned Sandor lo hizo a su vez, y se puso enseguida en guardia.

—¿No se pone guantes, Laurent?

—¿Para qué? No se me van a pelar los nudillos. Con un par de golpes termino.

—¿Sí? ¡Pues pruebe este!

Lanzó un corto al hígado pensando atrapar desprevenido a su adversario. Pero este esquivó con facilidad.

Johnny era un excelente boxeador, mucho más excelente de lo que Ned hubiera imaginado jamás. Dominaba todos los trucos del *ring* y conocía exactamente cómo jugar las distancias. Había sido maestro de boxeo en la escuela de policía, pero eso, naturalmente, lo ignoraba Ned Sandor.

Empezó a sospecharlo cuando un *crochet* a la mandíbula lo envió contra las cuerdas.

Johnny no le persiguió. Le dejó venir. Hizo una finía y atacó por el

costado, castigando por dos veces el hígado de Ned.

Este vaciló un momento. Atacó de frente, según una técnica que solo emplean los boxeadores muy novatos. El terrible «punch» a la mandíbula le hizo caer para atrás con los brazos abiertos.

El dueño del gimnasio se asía nerviosamente a las cuerdas.

—¡Maldita sea! ¡Debería haberse puesto casco protector, Ned! ¡La próxima vez no lo consentiré!

—Si quiere puede ponérselo —dijo Johnny tranquilamente—. De lo contrario le voy a hacer pupa.

Los ojos de Ned llameaban. Nunca le habían humillado así. Se lanzó de repente y logró arrinconar en las cuerdas a su adversario, que no esperaba aquel ataque. Durante diez segundos descargó sobre él más de diez golpes, resoplando como un búfalo.

Pero seguía siendo un maldito novato entre las cuerdas. De aquellos diez golpes solo dos llegaron bien a su destino, y los otros se estrellaron contra los codos y los antebrazos de Johnny. Este esperó tranquilamente a que su enemigo se cansara y salió de la guardia un par de veces para lanzar dos terribles derechazos. Estos sí que llegaron bien a su destino, y Ned se tambaleó.

El dueño del gimnasio entendía de todo aquello bastante más que su alumno. Vio el peligro enseguida.

—¡Déjate caer! ¡Déjate caer de una vez, imbécil!

Eso era un insulto para Ned. Los golpes en frío son los peores, y a él le temblaban las rodillas. Con la respiración entrecortada retrocedió dos pasos, y esta vez Johnny le siguió. Dos cruzados proyectados al mismo punto le arrancaron la ceja izquierda. Otro le partió los labios, haciéndolos sangrar copiosamente.

Johnny se daba cuenta de que su adversario estaba derrotado y no quiso castigarlo más. Tres terribles impactos a las sienes y a los ojos, combinados con un gancho al corazón, enviaron a Ned por tierra, sin sentido.

El del gimnasio pasó por entre las cuerdas. Sus facciones estaban lívidas.

—¡Maldito polizone! ¡Pudo haberlo matado!

—No se preocupe... Empezará a recuperarse tras la cuenta de diez. Un K. O. a esa edad no es tan grave. Hala, lléveselo a su rincón y límpiele la boca.

Ned, en efecto, empezó a recuperarse diez segundos más tarde. Logró ponerse en pie y cayó más o menos sentado sobre el taburete que le habían puesto en el rincón.

Johnny se abrochaba la americana.

—Lo siento, muchacho —susurró—. A veces necesitamos que nos den un palo para comprender que no somos gran cosa. Tú habías llegado a

creerte muy arriba, y eso es malo para la salud, muchacho.

Ned terminó de limpiarse la sangre de la boca.

—¿Qué es lo que quiere, polizonte?

—Darte una oportunidad.

—Todo el mundo quiere darme oportunidades.

—Quizá las necesites ahora porque no las tuviste cuando eras un niño.

Ned Sandor alzó la cabeza. Miró fijamente a Johnny, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Tu barrio de hoy es mi viejo barrio de ayer. Por eso sé perfectamente lo que ocurre.

—El viejo barrio... —Ned se llevó un momento la mano a los cabellos suavemente ondulados, y su expresión se dulcificó—. ¿Pero es que hay quien recuerde con nostalgia aquello? ¿Hay quién desee ver otra vez las tiendas de ropa usada de la Avenida Once? No, amigo mío. Yo he luchado toda la vida para salir de allí.

—Has luchado de un modo muy especial, muchacho.

—Del único modo que me enseñaron.

—¿Qué crees que me enseñaban a mí?

—¿Y cuánto gana ahora, polizonte?

Johnny se encogió de hombros. Hizo un ademán suave e indiferente.

—No estoy tan mal No puedo comprarme un descapotable cada seis meses, como tú, pero voy tirando. Y con los años he llegado a aprender que el dinero es importantísimo en la vida, pero tampoco hay que perder la vida por él. Eso es quizá lo que tú deberías aprender ahora, Ned.

—¿Por qué me sermonea?

—Quizá no te sermonearon cuando hacía falta.

Ned se puso en pie, sintiendo que sus rodillas estaban ya más fuertes y seguras.

—Puede que no le falte razón, polizonte... Mi padre nunca se ocupó de eso. En casa trabajábamos todos y todos caíamos como fardos al llegar la noche. Hasta que me cansé... En Nueva York hay calles anchas, pero departamentos estrechos y sórdidos. Hay coches elegantes, pero son solo para los que pueden pagarlos. Hay mujeres bonitas, pero a las mujeres bonitas, para que te sigan como perros, hay que ponerles un collar de oro. Empecé a pensar que la vida no hay que malgastarla así. No es tan larga.

—Ni tan corta.

—¿Qué quiere decir?

—Que uno tiene tiempo, la mayoría de las veces, de lamentar lo que ha hecho.

—Parece como si hablara por experiencia, polizonte.

—Yo hice algo malo una vez —susurró Johnny—. Y ahora lo lamento, lo lamento con toda mi alma. Hay momentos en que me arrojaría de

cabeza contra las paredes.

Ned le miró con curiosidad.

—¿Qué fue?

—Nada... Entonces parecía no tener importancia.

—Vamos... Suelte la lengua, hombre...

Johnny se acercó un paso a él, sobre la lona del *ring*. Intentó que su expresión pareciera indiferente.

—Puedo ofrecerte un buen empleo, Ned. Tengo amistades en la ciudad.

—¿Se da cuenta de que está perdiendo su oportunidad, polizonte? Usted tiene que llegar hasta Tolden o habrá fracasado. Y no podrá llevar a Holden ante un jurado si uno de sus hombres, en este caso yo, no le delata ante el fiscal del distrito. Si yo no hablo, todo se irá al infierno. ¿Por eso quiere ofrecerme un empleo? ¿A cambio de que se me suelte la lengua?

—No, Ned. De ningún modo.

—¿Entonces a cambio de qué?

—De que tu vida sea distinta.

—¿Por qué razón había de serlo?

—Gloria es una buena chica. Merece algo mejor.

—Ah, vaya, ya salió.

—¿Salió qué?

—Por la forma cómo habla de ella, diría que a usted también le gusta, polizonte.

Johnny denegó lentamente.

—No, esa chica no me gusta, pero la aprecio.

—Aprecia sus piernas, vamos.

—Siento ganas de partirte la boca otra vez, Ned Sandor. El viejo barrio enseña a todo el mundo cosas buenas y cosas malas, pero a ti solo te ha enseñado las malas. Me molesta que Gloria pueda perderse junto a ti; en cambio, si tu vida fuera distinta, si trabajaras honradamente como todo el mundo, es posible que ella fuese feliz a tu lado.

Ned apretó los labios. Desnudó su pensamiento entonces con una sinceridad que a él mismo le dejó asombrado.

—Tengo que hacer dinero pronto. Tengo que sacarla de Nueva York.

—¿Por qué?

—Yo también aprecio a esa chica, aunque usted no lo crea, polizonte. Es la única de la que ignoro la marca de ropa interior que usa. Nunca me he propasado con ella, ni creo que ella lo consintiese. Por eso mismo quiero tener dinero fácil en poco tiempo. ¡He de sacarla de aquí!

—¿Por qué razón?

Ned alzó la cabeza. En sus ojos, por primera vez, brillaba una luz dramática.

—Ella es la hija de Mae, ¿no lo sabía?

—Claro que sí.

—La tuvo al buen tun-tun. Mae era entonces una jovencita y no una gata vieja como ahora. En este momento se las sabe todas, pero entonces debió quedar encinta como una chiquilla. ¡Bonito porvenir! ¿Cree que un tipo que ha dispuesto de la madre respetará a la hija?

Johnny palideció.

—¿Qué quieres decir?

—Rolden la ha visto.

—¿La... ha... visto?

—No piense mal aún, polizonte. La ha visto desde una ventana y estando ella en un coche a cierta distancia. Mae, como gata vieja, conoce el paño y no ha mostrado jamás a Holden ni un retrato de Gloria. ¡Como si ella no existiese! Pero las cosas pueden ir mal, y por eso quiero sacar a la chica de aquí. Mae no está en situación de negarse a nada que el otro le exija.

A Johnny le temblaban los labios perceptiblemente. Tan perceptiblemente que el otro lo notó.

—¿Ve cómo la chica le interesa, Laurent?

—No del modo que tú piensas.

—El día que le entienda me atizaré una borrachera, Johnny.

—Repito mi proposición... —musitó él—. Acepta un empleo que te ofreceré y cástate con Gloria. Holden no se atreverá a perseguir a una mujer casada.

—¿Y usted qué va a ganar con todo esto? Nunca obtendrá mi declaración en contra de Holden. Nunca lo atrapará.

—Me olvidaré de ti y trabajaré a Campbell. Quizá este quiera hablar.

—Je... —Ned rio burlonamente—. ¡Qué manera de estropear la última oportunidad, Johnny! Y todo porque no quiere ver sentarse en la silla eléctrica a las gentes de su viejo barrio... Pensaré lo que me ha dicho. Sí, es muy posible que acepte.

Apretó los labios y susurró:

—Pero necesito dinero fácil... y pronto.

CAPÍTULO X

Luke Zervis tenía dos cosas importantes al salir de Sing-Sing. Tenía un revólver del 38 robado y unas ganas enormes de ganar dinero pronto. Dinero ganado por cualquier medio... menos por uno.

Luke Zervis no estaba dispuesto a matar. Y quedó petrificado al saber que lo que Ned le proponía era despachar a una vieja loca llamada «Ma» Sewon, que ahora vivía cerca de Coney Island.

—No, Ned, eso no lo haré. Cuando me hablaste ante el gimnasio creí que se trataba de distribuir drogas. A eso sí que me atrevería.

—Si despachas a la vieja tendrás cinco mil dólares. Y entrarás con un buen puesto en la red de reparto.

—Tú no has visto nunca cómo llevan a un condenado a muerte en Sing-Sing, ¿verdad?

—Ni lo he visto ni me interesa.

—Hay algunos que tienen que ser arrastrados a lo largo del pasillo. En el último momento les falta el valor... Los alaridos que he escuchado no quiero lanzarlos yo algún día... ¿Y crees que la muerte en la silla es indolora? Nadie cuenta lo que siente, desde luego, pero yo te aseguro que la corriente baja y sube hasta tres veces... No, Ned, yo no hago eso por dinero. Si me atrapan, voy de cabeza a la silla.

Ned le miró como si su amigo le hubiera decepcionado. Hizo un ademán amplio, mientras señalaba el club de Sídney.

—¿No te gustaría salir de este ambiente? Mira a Gaby. Tiene bonitas piernas, pero es una guarra. Cuando se emborracha no hay quien la aguante. En cambio hay chicas finas y educadas en el East Side. Bonitos apartamentos en Madison Avenue... Podrías tener todo eso.

Luke Zervis movió la cabeza enérgicamente en sentido negativo.

—Podría también tener una celda en el pasillo de los condenados a muerte de Sing-Sing. Yo te aseguro que el que ha visto, aunque sea de lejos, una ejecución, nunca la olvida. Y porque me considero amigo tuyo, impediré que ese «trabajo» lo hagas tú.

Ned vació el vaso que tenía en la derecha, mientras miraba fijamente a Luke.

«Mal asunto —pensó—. Quizá había hablado demasiado. Quizá Luke, pensando hacerle un favor, llegaría a delatarle».

En el fondo, él no había entendido nunca demasiado bien a la gente de su propio barrio.

Holden estuvo de acuerdo en que había cometido un error. Un tremendo error, difícil de reparar.

—No debiste mencionarle a la víctima antes de estar de acuerdo con él. Ahora ya sabe demasiado y es un peligro. Cuando lea en los periódicos que «Ma» Sewon ha muerto, puede irse de la lengua. No se puede confiar según qué trabajos a imbéciles novatos como tú.

—Estaba seguro de que Luke aceptaría —se defendió Ned—. Antes era mucho más duro que ahora.

—Muy bien, pero no ha aceptado... ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Matarlo? Ned alzó la cabeza con un brusco gesto de alarma.

—No haré daño a Luke. Él es amigo mío.

—La vieja fidelidad de las bandas, ¿no? Muy bien. Hay un procedimiento para hacerle callar sin que sufra el menor daño.

—¿Qué procedimiento?

—Tienes el grupo de Cyril. Ese grupo trataba en Coney Island, que es donde ahora vive la vieja. ¡La muy maldita...! Vio, a la luz de una vela, el retrato de su difunto marido reflejándose en el cristal de una ventana que se movía, y ya pensó que había resucitado. Con una visionaria así nunca se está seguro. Además acabará hablando en el juicio... No olvides que está en libertad provisional.

—No he olvidado nada. Y usted me estaba hablando del grupo de Cyril, que actúa en Coney Island.

—Ellos sacarán a la vieja de su escondrijo, y dirán que vamos a rehabilitarla y a darle su puesto de nuevo. Puesto que conoce a Cyril, se fiará. La metéis todos en un coche y la ahogáis en el Hudson. Sin violencias, sin dañarle ni la ropa... Antes le habréis metido medio litro de ron en el estómago para que en la autopsia digan que estaba borracha. Tiene que parecer un accidente.

—¿Y qué tiene que ver Luke con eso?

—Él os acompañará. Llévadle a la fuerza.

Ned hizo un gesto de asentimiento. Empezaba a comprender, y comprendía también, de pasada, por qué Holden había llegado a gran jefe.

—De ese modo no podrá hablar sin quedar él mismo comprometido, ¿verdad?

—Veo que eres un chico listo. A ver si me lo demuestras terminando ese asunto mañana mismo.

—Lo intentaré.

—Vas a ganar mucho dinero, Ned. Dinero largo y fácil... Por cierto, me he enterado de una cosa. La chica que llevabas el otro día es la hija de Mae.

Ned sintió que la boca se le quedaba seca.

—¿Cosa tuya?

—Aún... no.

—Quiero conocerla, muchacho... Lo antes posible. Si tú no lo haces, se lo pediré a Mae. Y ahora largo de aquí, hijo mío. Tienes mucho trabajo para mañana...

Cuando Ned Sandor salió del lujoso apartamento, sentía que la cabeza le daba vueltas. Sus rodillas fallaban como si estuviera borracho.

Dinero largo y fácil... Muy bien. Él lo tenía, después de todo. El demostraría a Holden que con su chica no jugaba nadie.

CAPÍTULO XI

El automóvil buscó atravesar el Hudson y enfilarse por las salidas de Nueva York por el sur. Era un modelo de suspensión suave, construido para señoritas, que se conducía con la punta de los guantes. Los amortiguadores funcionaban tan maravillosamente que Luke cerró un momento los ojos y creyó estar otra vez en la litera de su celda, a la que ya se había acostumbrado, a la que añoraba casi. Todo el cansancio de dos noches de insomnio se apoderó ahora de él. Porque no había podido dormir después de la última conversación con Ned.

Ned le dio en el codo.

—¡Eh, tú...!

Iban tres en el asiento posterior. Él, Ned y «Ma» Sewon. La mujer reía silenciosamente.

Tres tipos más, con los sombreros echados sobre los ojos, permanecían quietos en el asiento delantero.

—Este coche es un buen sitio para dormir —dijo blandamente Luke.

—Yo ya no puedo descansar en ninguna parte —gimoteó «Ma»—. En cuanto me quedo a oscuras, veo enseguida el rostro del pobre Jonás.

—¿A qué viene eso, vieja imbécil? —gruñó Ned—. Jonás está muerto; yo mismo fui a su entierro.

—Pero eso no le impide pasearse por Nueva York y volver a casa —dijo «Ma» con una extraña mansedumbre—. Cuando nuestro departamento se incendió, él estaba allí dentro.

Luke la miró con curiosidad.

—¿Qué dice?

—Nada de particular. Todos lo saben. El gato también le vio y por eso saltó sobre mí, originándose luego el incendio. Usted podría darse cuenta si me conociera, señor —añadió, dirigiéndose a Luke—. Yo nunca hubiera cometido la tontería de desmayarme, de no ocurrir una cosa así.

Estaban saliendo de Nueva York. La mañana era neblinosa y extrañamente fría. Luke vio un brillo febril en los ojos de «Ma» Sewon.

—Será mejor que olvide eso.

—Bien quisiera hacerlo, pero es inútil. Jonás sabe que ya no me asusto y vuelve todas las noches.

—Busca el río —indicó secamente Ned al que llevaba el volante del automóvil.

Rodaron casi media hora, en silencio, por la ruta nacional a Filadelfia. Luego se desviaron por una carretera secundaria y pareció como si regresaran otra vez a la ciudad. Media hora más de rodar en silencio, y el

Hudson apareció de repente ante sus ojos, quieto y anchuroso. Unos tímidos rayos de sol empezaban a alumbrar sus aguas, que estaban extrañamente turbias.

—Para.

El coche color salmón se detuvo suavemente en una zona de hierba, a unos pasos de la orilla. Era aquel un lugar que seguramente se llenaba de visitantes los días de fiesta, durante el verano, pero ahora estaba solitario y silencioso como una tumba. Solo el rumor de las aguas del río llegó hasta ellos cuando se detuvo el suave ronroneo del coche y fueron abiertas las puertas. «Ma» Sewon, quien creía que Ned quería hablarle de su nuevo ingreso en la banda de distribución, fue la primera en salir distendiendo los labios con una suave sonrisa.

Ned sonreía también.

—¿Sabes nadar?

—¿Yo? ¿Cómo voy a saber una cosa así?

Había algo muy extraño en los ojos de Ned, dando la sensación de que se encontraba más allá de la vida y la muerte. De repente había dejado de ser un chiquillo para convertirse en un ser sin edad, sin moral, sin alma.

Luke iba a saltar sobre él, adivinando su propósito, cuando uno de los tipos de sombrero le clavó algo duro entre las costillas.

—Quieto, nene.

—¿Por qué me habéis obligado a venir?

Era ridículo, era absurdo. Estaba entre chiquillos que jugaban a «gangsters», pero la muerte no entiende de edades. Luke Zervis sintió cómo una mano hábil paseaba sobre sus solapas, tanteaba su «33» y lo arrancaba suavemente de la funda sobaquera. Extraño que no lo hubieran hecho antes. Ned y los suyos debían sentirse muy seguros de sí mismos.

Ned ordenó al que había cacheado a Luke:

—Retrocede dos pasos, Cyril.

Cyril obedeció. Iba vestido muy deportivamente y dejaba que se entreabriera su camisa, bajo la que resaltaba una curiosa camiseta de goma.

—Primero al agua con «Ma» —dijo Ned fríamente—. Sin atarla y sin nada. Que parezca natural. Docenas de personas se ahogan cada año en el río, y «Ma» no es más que, al fin y al cabo, una pobre borracha. ¡Abajo con ella!

La mujer lanzó un grito ridículo e intentó defenderse, pero los dos jóvenes que cayeron sobre ella eran ágiles y fuertes y la dominaron con facilidad. Los ridículos gritos de «Ma» Sewon parecían los de una gata martirizada por unos chiquillos. Brutalmente fue arrastrada hacia las aguas del río y los jóvenes asesinos tomaron impulso para lanzarla. Sus zapatos, al ser arrastrados, dejaron dos largos rastros sobre la tierra blanda.

Luke Zervis tragó saliva espasmódicamente. No, no era posible aquello.

No podía haber en Nueva York quien hubiera corrompido a aquellos chiquillos de tal modo, quien los empleara tan sabiamente para sus fines inconfesables.

Sus mandíbulas temblaban, y Luke Zervis parecía una fiera a punto de saltar.

La risa silenciosa de Ned llegó a sus oídos.

—¿Es que te sabe mal ver esto?

—Ned, tienes ahora una oportunidad que será la última. Aprovéchala. La última. Cuando los revólveres tienen que actuar ya no hay oportunidades.

Ned silabeó, mirando por encima de los hombros de Luke Zervis:

—Este tipo hubiera podido hacerse rico junto a nosotros, ¿verdad, Cyril?

Cyril murmuró:

—¡Qué lástima!

Luke tensó un poco los músculos. Había llegado el momento de jugárselo todo, había llegado el momento de actuar.

No quería verse comprometido en aquello.

Ned gritó:

—¡Acribíllalo si estorba, Cyril! ¡Con este no hacen falta disimulos! ¡Quiero que sepan que ha muerto así!

Cyril se puso a disparar, pero no contaba con la agilidad maravillosa de Luke Zervis.

Luke, en fracciones de segundo, dobló las rodillas y se apoyó sobre las puntas de sus pies, mientras giraba con la velocidad de una peonza. Dos balas silbaron por encima de su cabeza, mientras Cyril, nervioso lanzaba una exclamación.

La segunda fase del movimiento de Luke consistió en tomar impulso sobre las puntas de sus pies y lanzarse en plancha sobre su enemigo, un poco por debajo de la línea que partía del cañón de la pistola, según una maniobra que parecía ensayada mil veces. Cyril disparó otra vez y la bala rozó su cadera derecha, pero sin causarle un solo rasguño. La maldición de Cyril se confundió con el estruendo del disparo cuando se sintió enlazado por la cintura y rodó por la hierba en compañía de su adversario. Ned desenfundó una «Smith» y lanzó otra imprecación mientras, siguiendo científicamente la tercera fase del movimiento, Luke golpeaba a la muñeca de Cyril y hacía que el revólver saltara de entre sus dedos.

Luego se apoderó del arma.

Todo esto había ocurrido en menos de diez segundos, cuando aún no estaba extinguido el fragor de los disparos. Después, Luke, por unos instantes, dejó que su enemigo llevara la iniciativa.

El instinto de todo hombre que lucha en el suelo con un enemigo es colocarse encima de él. Fatalmente, Cyril seguiría ese impulso, y Luke no

le puso ningún obstáculo. Cuando Cyril estuvo sobre él le protegió de ese modo contra las balas que Ned pudiera disparar desde arriba.

—¡Quítate de ahí! —rugió Ned—. ¡Apártate!

Luke contrajo todo su cuerpo y luego distendió todos los músculos en una repentina maniobra. Cyril, que no esperaba nada de aquello, saltó despedido hacia delante y chocó contra el cuerpo de Ned, rodando los dos por el suelo.

Nunca Luke Zervis había tenido adversarios tan crueles, pero también tan inexpertos como aquellos.

Empuñó la pistola arrebatada a Cyril e hizo un solo disparo. La «Smith» de Ned saltó hecha pedazos sin que su dueño sufriera daño alguno. Ned abrió mucho la boca, no creyendo en lo que veían sus ojos. Luego Zervis desvió inmediatamente su atención hacia los que arrastraban a «Ma» Sewon hacia el río.

Pero ya era demasiado tarde.

Los dos asesinos habían cumplido su siniestra tarea y «Ma» flotaba apenas sobre el agua, a unas ocho yardas de la orilla. Ni siquiera pedía socorro, porque el agua que debía estar tragando le impedía hacerlo. Los dos jóvenes de la orilla desenfundaron sus revólveres.

Uno de ellos sabía manejar bien su petardo, porque arrancó cabellos de la cabeza de Luke. Este no tuvo más remedio que hacer fuego y herirle en un hombro, sin intención de marcarlo para toda la vida. El otro quiso asegurar su puntería demasiado extendiendo la mano armada, y cuando fue a apretar el gatillo, su pistola, que había sido alcanzada por una bala de Luke Zervis, ya no era más que un pedazo retorcido de acero.

Pero el herido disparó tres veces, y Luke Zervis se estremeció mientras sentía los impactos en el corazón. Sin un gemido cayó blandamente...

Todos corrieron hacia su cuerpo sin vida.

CAPÍTULO XII

El forense cubrió con la sábana el último cadáver. Encendió un cigarrillo con movimientos calmosos.

—Los dos en el río —masculló—. La vieja y el muchacho. Lo de ella parecía un accidente, pero él llevaba varias balas en el cuerpo. Ligando una cosa con otra, no hay duda de que fue un doble crimen.

Johnny se introdujo entre los labios una pastilla de chicle.

—Un trabajo de aprendiz —dijo—. Solo unos imbéciles novatos podían haber hecho eso.

—Por supuesto. El crimen indicaba que lo otro no pudo ser un accidente. Han estado aquí los dos de la Brigada de Homicidios, ¿sabe, Laurent? La cosa se pondrá fea para los tipos que hayan hecho eso.

—Lo supongo...

—¿Qué le pasa? No parece muy alegre...

—Alguien irá a la silla y... y lo lamento.

—¿Es que sabe algo?

—No, nada... Es una idea absurda.

—Bueno, como quiera... Tengo dificultades para identificar a la vieja porque no llevaba documentación encima. ¿Conoce su nombre?

—Todos la llamábamos «Ma» Sewon. Pero tiene una ficha así de alta y así de gorda en los archivos. Ha hecho de todo, menos declarar la guerra a la Unión Soviética. Le telefonearé los datos dentro de una hora.

—Gracias, Laurent.

Johnny salió.

Hasta el chicle le quemaba en la boca. Lo lanzó contra la calva de un ayudante del forense que estaba partiendo en finas rodajas el hígado de un hombre envenenado.

Diana.

—Hay moscas aquí... —gruñó el calvo—. ¡Maldita sea...!

Johnny fue a los archivos y consultó la ficha de «Ma». Era alta y gorda, como había dicho. «Ma» no siempre fue vieja y no siempre vendió sobrecitos de cocaína. Hubo una época en que tuvo amigos íntimos como para formar un regimiento en Vietnam. También había sido detenida por vender literatura pornográfica.

Telefoneó los datos al forense y luego buscó más fichas. La rutina de un buen observador demostraba ser eficaz ahora. Tenía en la memoria los hombres de la banda de Holden que no habían sido vistos por ninguna parte la mañana en que se cometió el crimen.

Uno de ellos era Ned Sandor. Ned había dado ya el gran paso. A partir

de este momento nadie podría salvarle.

El color de la piel de Johnny se había vuelto gris. Sus dedos temblaban mientras manejaba las fichas.

Cyril.

Tampoco ese había sido visto aquella mañana. Ni Joe. Ni Pat. Y al parecer, Pat tenía una herida en un hombro.

Johnny descolgó el teléfono otra vez. Su rostro seguía siendo de color gris.

Llamó al Precinto.

—Hola, teniente. Quiero un servicio especial.

—¿Es por lo de esos crímenes, Johnny?

—Ujú. Necesito una redada por el barrio.

—No querrás que cacemos a cualquiera, ¿verdad? Seguro que ya has seleccionado los pájaros.

—Desde luego.

—A ver, nombres.

—Un tipo llamado Cyril. Otro Pat. Otro Joe. De todos hay ficha. Me juego las manos a que la coartada del uno apoya la coartada del otro. También me juego las manos a que uno de ellos está herido. Lo he oído decir en el barrio a gente que está enterada.

—¿Vamos a acusarlos de la muerte de Zervis y de la vieja?

—Tenéis que acorralarlos con los interrogatorios. Dejad que se cuezan en su salsa. Uno de ellos, al menos, se ablandará y soltará lo que sepa. El hilo nos puede llevar hasta Holden.

—De acuerdo, Johnny. Lo haremos. ¿Pero no olvidas a nadie?

—¿A quién?

—Ned Sandor.

Johnny se mordió el labio inferior.

—No tengo pruebas aún.

—Pues ese es el pájaro principal, Johnny. No sé por qué lo respetas, aunque no quiero forzarte. Pero solo te diré que estás perdiendo tu oportunidad, Johnny. La última.

—¿Por qué?

—Solo hay tres días de plazo. El fiscal del distrito va a ser interpelado ante la Cámara de Representantes dentro de esos tres días. U ofrece resultados o tendré que confesar que has fracasado, Johnny. Fracasado... para siempre. Entonces emplearé otros métodos para desarticular a esa banda.

—Sabes que no hay otros métodos. Holden puede comprar jurados y procurarse los mejores abogados del país. De nada sirve detenerle sin pruebas muy rotundas. Saldrá absuelto... Y ya no podrá volver a ser juzgado por el mismo delito.

—Lo sé. Pero solo he querido advertirte, Johnny.

El teniente colgó.

Johnny salió de los archivos y atravesó la acera. De pronto sus ojos se entrecerraron.

El viejo modelo estacionado en la calzada. La portezuela entreabierta. La maravillosa pierna que sobresalía un poco por el hueco.

—Hola, Gloria.

—Te estaba esperando, Johnny.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Iba, simplemente, a preguntar cuando te he visto salir. Quiero que subas a mí coche, Johnny.

—¿Para qué?

—Hemos de hablar.

—¿Después de lo que te dije la otra noche?

—Sí. A pesar de lo que me dijiste la otra noche.

Johnny se encogió de hombros y pasó al otro lado del coche. El interior era confortable, y uno se sentía bien allí... junto a una mujercita tan maravillosa como Gloria. Pero Johnny, sin embargo, tenía los ojos vacíos, como si no la viera.

—Vamos a Riverside Drive —dijo ella.

—Vamos... ¿Por qué no?

Riverside Drive estaba vacío a aquella hora del anochecer. Nueva York es una ciudad contradictoria, muy llena en ciertos aspectos, pero también más vacía de lo que la gente cree. Ella detuvo el coche y se volvió hacia él. Estaban los dos envueltos por la penumbra.

Gloria se sentaba con la libertad de una chica moderna. Quedó muy sorprendida cuando Johnny pidió rudamente:

—Bájate un poco más la falda.

—Ni que... Ni que yo te asustara.

—No es eso.

Ella obedeció. Sus hermosas rodillas quedaron descubiertas solo parcialmente.

—Johnny, hay dos cosas que me preocupan.

—A ver la primera.

—Ned Sandor me ha pedido que nos casemos enseguida. Y que nos vayamos a vivir juntos a la otra parte del país. Piensa dejar todo esto, cambiar de vida.

Johnny echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. ¡Dios santo...! ¿Era posible? ¿La mala suerte podía perseguirle hasta aquel maldito extremo?

—¿Qué te ocurre? —balbució Gloria.

—Nada... Sigue.

—¿Qué opinas de lo que Ned me ha dicho?

—Que es demasiado tarde.

—No te entiendo...

—Eso te lo pudo haber dicho un par de días antes.

¡Solo un par de días! Yo mismo le rogué que lo hiciera. Pero desde entonces han ocurrido demasiadas cosas.

—¿Tú le pediste... que se casara conmigo?

—Es posible que lo hiciera.

—¿Después de lo que te dije... la otra noche?

—Ciñámonos a los hechos, muñeca. Ese pájaro te ha pedido que os caséis y os vayáis los dos a pasar la luna de miel a San Francisco. Y yo te digo que ya es demasiado tarde, y que a partir de este momento siempre será ya tarde, irremediablemente tarde. Además, ¿con qué dinero pensaba sacarte de aquí?

—Dice que tiene mucho. Muchísimo.

—Es extraño. Hasta ahora no ha ascendido en su «trabajo». Antes tenía para ir tirando, y a partir de ahora puede ganar dinero largo, pero aún no ha tenido tiempo ni para ahorrar cien dólares. ¿A qué viene ahora tanta magnificencia?

—No lo sé... ¡Te juro que no lo sé! Pero él me habló... de medio millón de dólares.

Johnny sintió un pinchazo muy suave, muy lento, en el fondo del corazón.

Su instinto de policía había despertado de repente.

—¿Medio millón justamente?

—Sí. ¿Por qué lo dices con ese tono?

—Por nada... —Johnny apretó los labios—. Solo quería decirte que ahora ya es tarde, Gloria. Ned no tiene derecho a pedir a una muchacha que se case con él.

Las manos de Gloria temblaron un momento. Estaban quietas sobre el volante, pero el movimiento de sus dedos la delataba. Con expresión tensa susurró:

—He estado pensando en lo que te dije el otro día, Johnny. Nunca creí que esto pudiera suceder, y mucho menos que yo llegase a decirlo. No pienses tampoco que soy una chiquilla que no sabe lo que siente. Ahora estoy segura. Y te prometo que ha sido amargo el despertar, el darme cuenta por vez primera de que era una mujer.

Johnny también tenía las manos quietas sobre el «tablier». Y también le traicionaba el temblor de sus dedos.

—No sigas hablando, Gloria.

—Johnny, me he enamorado de ti.

Su voz temblaba al igual que sus dedos. Palpitaba su cuerpo juvenil, todo su hermoso cuerpo. Era como si algo acabase de nacer en ella, en lo más profundo de su sensibilidad de mujer. Como si dijese la primera y al mismo tiempo la más dramática verdad de toda su vida.

Johnny tuvo que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad para decir:

—Creo que no me verás nunca más, Gloria.

—¿Pero por qué, Johnny? ¿Qué hay de prohibido entre nosotros dos? ¿Qué es lo que no te permite considerarme como a cualquier otra mujer? Además hay cosas que no entiendo en tu vida. Mucho dinero que recibimos en casa en otro tiempo, ¿de dónde venía? ¿Es que acaso tú nos ayudabas? ¿Por qué?

Johnny parpadeó un momento. Sus facciones se habían ensombrecido, sus ojos estaban turbios.

—Perdóname, Gloria —susurró—. No me hubiera sido difícil enamorarme de ti. ¡Claro que no me hubiera sido difícil! Pero hay algo que tú nunca sabrás. Y haré que no vuelvas a verme nunca.

Descendió del coche, con los hombros abatidos, sin que Gloria se atreviese a decir una palabra.

Las lágrimas quemaban en el fondo de los ojos de la muchacha.

CAPÍTULO XIII

Mientras su hermano Ned preparaba el asesinato de «Ma» por orden de los que le habían corrompido, Thomas Sandor compareció ante la comisión de Sing-Sing encargada de estudiar las peticiones de libertad vigilada.

Los que le esperaban en la salita donde debía tener efecto la entrevista, eran dos hombres y una mujer. Thomas adivinó por instinto que tendría a la mujer inmediatamente de su parte.

Aunque ella ya no era joven, estaba en esa edad peligrosa en que una mujer se pone a temblar ante un hombre demasiado guapo. Y Thomas Sandor era quizá el recluso más guapo que había estado jamás en Sing-Sing.

En otra época se hubiera hecho millonario como actor de cine, aunque solo le hubieran dado papeles secundarios. Pero ahora estaban de moda los feos y él era demasiado «perfecto», según le dijeron una vez.

El que parecía llevar la voz cantante de la comisión le ordenó:

—Siéntese.

Thomas lo hizo mirando a la mujer.

—¿Sabe que es usted muy joven? —dijo ella sin rodeos, mientras vibraban, sin que pudiera evitarlo, las aletas de su nariz.

—Veintidós años, señora.

—Y muy atractivo. No sé qué le indujo cometer un delito cuando tantas posibilidades se abrían para usted en el camino de la vida.

—Ni la juventud ni el ser atractivo me han servido nunca para nada, señora —dijo duramente, Thomas.

—Quizá porque no ha encontrado a nadie que le ayudara, que le apoyase moralmente.

—Solo las ayudas materiales tienen valor. El dinero es lo único que cuenta en un país de negociantes y mercaderes como este—. Thomas, a veces, tenía pretensiones de filósofo—. Si yo me hacía con medio millón de dólares tenía cien juventudes para vivir y cien bellezas para disfrutar, mientras que ahora...

—¡Cállese! —dijo abruptamente el hombre que estaba a su derecha—. ¡En su propio bien, cierre la boca!

—Perdón. ¿He dicho algo que no sea cierto?

—¡Ha dicho algo que demuestra su falta de escrúpulos, y por este camino va a ser imposible que se acceda a ponerle en libertad!

La mujer intercedió.

—Por Dios, Tom, el muchacho está nervioso. Que no conste nada de lo que acaba de decir en el informe.

—Está bien, pero que diga una sola imbecilidad más y volverá a su celda.

La mujer hizo un mohín con los labios a Thomas a través de la mesa.

—Explíquenos nuevamente, paso por paso, el delito que cometió —exigió el hombre—. No tal como lo hizo ante el jurado, sino explicando la verdad. Ahora ya no hay que juzgarle.

—Explicaré la verdad entonces.

—Repítala.

Thomas explicó con voz lenta y aburrida lo que ya estaban hartos de saber en los juzgados del Departamento de Justicia. Nada nuevo dijo porque nada nuevo le interesaba decir.

—¿Está usted arrepentido? —preguntó, al final, la mujer.

—Lo estoy, señora.

—¿Qué piensa de aquel medio millón de dólares?

—Que están bien quemados y que de este modo no volverán a provocar más tentaciones.

Thomas se portó a partir de aquel momento como un verdadero hipócrita, como un granuja cobarde que va buscando sistemáticamente los puntos flacos de una mujer. Intentó dar a su rostro una apariencia infantil porque sabía que en la admiración de aquella mujer demostraba sentir hacia él había una buena dosis de instinto maternal. Intentó mostrarlo blando, comprensivo, humano. Al final de la entrevista sabía que ya había dado el primer paso para conseguir su libertad, es decir, su vida.

La mujer, al despedirse, le estrechó la mano con fuerza.

—Esté tranquilo, Sandor. Le prometo que su posición será tenida en cuenta.

CAPÍTULO XIV

Ned Sandor no llevaba aquel día su descapotable, para evitar ser reconocido. Había alquilado un «Plymouth» viejo y negro, que no llamase la atención. Con él se dirigió a poca velocidad hacia la estación Granel Central, donde tenía alquilada una caja para equipajes.

Era un escondite elemental, y precisamente por eso no había llamado la atención de nadie.

Además la caja no estaba alquilada a su nombre, sino a la de un amigo, para llamar menos la atención. Ese amigo le había dado la llave y se había olvidado del asunto por completo.

Ned abrió y extrajo dos grandes maletas, que llevó sin tardanza a su coche. Cualquier policía de Nueva York hubiera dado su paga de un año por saber lo que había en aquellas maletas.

Pero oficialmente nadie buscaba aquel medio millón de dólares. Oficialmente se habían quemado en el coche de Thomas.

Ned condujo a poca velocidad y observando escrupulosamente las normas del tráfico. No quería exponerse a que un polizonte le detuviera y empezase a hacer preguntas. Llegó a su casa, dejó el coche bien cerrado en el callejón adyacente y se cambió de ropa, maquillándose ligeramente para evitar ser reconocido al primer golpe de vista. Luego volvió a dirigirse al coche.

Quería llegar en varias etapas hasta el otro lado del país, hasta San Francisco o Los Ángeles. Desde allí telefonaría a Gloria para que se le uniese. O, mejor, explicaría a «Mae» el peligro en que la muchacha se encontraba de caer en las garras de Holden, «Mae» accedería a enviársela enseguida, en cuanto Supiera que él pensaba casarse y que tenía medio millón de dólares.

Por primera vez en su vida, Ned Sandor se guiaba por un sentimiento que no era egoísta. Quería, ante todo, salvar a una mujer.

Claro que con eso traicionaba a su hermano Thomas. Pero, ¿qué importaba? Thomas, a pesar de lo que había dicho Luke sobre la libertad vigilada, se pasaría la vida en la cárcel.

Iba ya a arrancar y a salir del callejón cuando una voz susurró a su espalda:

—¿Te largabas, muchacho?

Ned se estremeció. Era increíble, pero acababa de reconocer la voz de su hermano Thomas. Su hermano Thomas, que estaba oculto en el asiento posterior. Sin duda le había espiado desde el momento en que él salió de casa.

Y Thomas no venía desarmado. Apoyaba una cosa dura y fría en la nuca de Ned.

—Dime... ¿te habían entrado de repente ganas de viajar? ¿Has tomado una decisión al enterarte de que yo había salido?

—No sabía nada de eso, Thomas... ¡Te juro que no lo sabía! Y además esto no es lo que tú crees.

—¿No?

—Thomas, te ruego que me escuches.

—Me repugnan los traidores, muchacho... Me dan tanto asco que siento deseos de enviarlos al infierno... Además me enteré de lo de Luke Zervis. Corren rumores, ¿sabes? sobre quién lo hizo matar. Y Luke había sido un buen muchacho, un excelente compañero de celda.

La voz de Thomas era fría y metálica. Tan fría y metálica como el cañón de su pistola... Ned se estremeció.

—¡Thomas, te ruego que me escuches!

—¿Sí?

—¡Tengo derecho a hablar!

—Tienes derecho a rezar, hijo mío... Derecho a rezar.

Y apretó tranquilamente el gatillo. No hubo en su gesto la menor vacilación; era como si realizase un acto rutinario.

Al penetrar la bala en su nuca, todo el cuerpo de Ned brincó como empujado por una catapulta, y la cabeza chocó contra el techo del «Plymouth». Luego quedó arrugado en el asiento, espantosamente quieto. No había llegado ni a enterarse de que aquello era el fin.

Thomas guardó su arma y salió del coche para retirar las maletas. Avanzó con ellas a lo largo del callejón. De pronto una silueta negra se recortó al final de este.

—Quietos, Thomas. No te lo repetiré otra vez.

Thomas lanzó una maldición. Conocía a aquel tipo de los viejos tiempos de su barrio. Sabía que siempre actuaba solo, y que si lo mataba aún lograría huir.

Soltó la maleta de su derecha y trató de sacar el arma con un repentino gesto. Johnny no se movió. Johnny parecía querer dar al otro una oportunidad, permitir que luchase por su vida.

Durante unas fracciones de segundo, las dos armas estuvieron en línea de tiro. Incluso dio la sensación de que Thomas conseguiría ser más rápido.

En los labios de Johnny se dibujaba una mueca amarga.

Era como si todos los recuerdos de su niñez fueran destruidos. Como si toda una época de su vida desapareciese para siempre.

Tuvo que pegarse materialmente a la pared para esquivar el primer balazo, mientras hacía fuego a su vez. Vio contorsionarse trágicamente el cuerpo de Thomas Sandor. Lo vio estremecerse, brincar en el aire. Johnny disparó otra vez, ahora a la cabeza, buscando ahorrarle sufrimientos.

Las detonaciones habían sonado como un trueno lejano a la salida del callejón. Se oyó el silbato de un policía.

Johnny guardó el arma, mientras una inmensa fatiga parecía apoderarse de él.

Quieto entre las sombras, respirando agitadamente, esperó a que los patrulleros llegasen.

—¿Por qué me das ese dinero, Johnny? Me has estado ayudando mucho desde que entraste en la policía. Nunca has tenido nada tuyo. ¿Por qué quieres darme ahora una suma tan elevada?

La luz concentrada de la pantalla se derramaba sobre las facciones de Mae, quizá ya algo ajadas, pero todavía hermosas. Sus piernas, largas y torneadas, descansaban sobre un extremo de la silla extensible. A Mae la decepcionó el hecho de que él no las hubiese mirado una sola vez.

Johnny ya no tenía el aspecto alegre y animoso de otras veces, de otras épocas. De repente parecía haber envejecido.

Dijo roncamente:

—Es todo lo que tengo. Has de sacar a Gloria de aquí.

—¿Por qué?

—Quizá no te extrañe saber que Holden la desea. Y yo no podría soportar —añadió lentamente, dejando caer las palabras una a una— que Holden tocara a nuestra hija.

Mae se estremeció un momento. Vibraron las todavía finas aletas de su nariz.

—¿Sabe ella que tú?...

Johnny movió la cabeza pesarosamente.

—Nunca lo sabrá.

—Tú eras un chiquillo, Johnny —dijo Mae con voz opaca—. ¿Qué edad tenías? ¿Catorce años? ¿Quince? Yo, en cambio, ya estaba lanzada, ya enseñaba las piernas en los teatros de mala fama, ya recibía dinero de los hombres, incluso Holden, que era un simple aficionado al tráfico de drogas, me conocía en aquella época. ¿Qué vi en ti? ¿Por qué te admití a mí lado?

Johnny entrecerró los ojos. Toda una época pasada, toda una vida entera pareció pasar por sus pupilas, cargadas de pesadumbre. Miró la habitación donde aún había recuerdos de aquellos años, recuerdos del viejo barrio. Luego hubo de cerrar los ojos totalmente.

—Ocurrió una sola vez —musitó—. ¡Y yo era tan chiquillo! Pero al poco tiempo quedaste encinta y nació Gloria.

—Nació nuestra hija...

Johnny se puso en pie. Dio unos pasos y luego necesitó apoyarse en una de las paredes. La luz de la pantalla cortaba su rostro en dos y se

proyectaba solamente, y de lleno, sobre sus labios temblorosos.

—Todos los pecados se pagan —dijo tenuemente—, y yo estoy pagando por el mío un precio que nunca pude llegar a imaginar. Pero eso es agua pasada, es cosa vieja. Ahora lo interesante es que Gloria no sufra.

Mae se puso en pie también. De repente parecía abatida, parecía definitivamente una mujer mayor. Fue a buscar una botella de *whisky*.

—Creo que los dos necesitamos un trago —susurró—. Un trago por los viejos tiempos que no volverán. Toma, sírveme.

Johnny tomó la botella. Fue a tomar un vaso.

Y de repente la botella resbaló de entre sus dedos. Se estrelló en el suelo con un chasquido seco, casi metálico. La mano derecha de Johnny, sin fuerzas, sin vida, quedó suspendida en el aire.

La puerta de la habitación se había abierto.

Y en el umbral se recortaba la figura de una muchacha que los dos conocían bien. La silueta de una muchacha que les miraba con el rostro desencajado y los ojos anegados en llanto.

Johnny susurró:

—¡Gloria!

Su voz pareció romperse, deshacerse en el aire.

Le bastó ver la expresión patética de la muchacha para comprender que ella lo había oído todo. Le bastó ver sus ojos para darse cuenta de que ella acababa de enterarse de la horrible verdad.

Ahora, la voz de Johnny pareció un rugido:

—¡Gloria!

La muchacha volvió la cabeza. Estaba tan aturdida, tan horrorizada, que chocó dos veces contra la pared antes de poder huir. De repente se oyeron sus pasos descendiendo a trompicones por las escaleras.

Johnny la siguió. No quería que ella se fuese así, porque sabía que, en ese estado, era capaz de hacer una locura. Intentó sujetarla, lanzándose él también escaleras abajo.

Fue entonces cuando una bala le pasó entre los cabellos, haciendo que se cortara su respiración. Rodó escaleras abajo, mientras sacaba la pistola, y vio confusamente dos sombras.

Ambas habían estado agazapadas en el rellano superior. Ahora descendían rápidamente.

Johnny las reconoció al instante, mientras disparaba al azar, pensando solo en cubrirse. Eran Cyril y el propio Holden. Habían conocido, sin duda, la muerte de Ned, y pensaban que la hora de la venganza acababa de llegar. Sin duda le seguían desde horas antes, buscando una ocasión favorable para eliminarle.

¡Y ahora, la ocasión había llegado! ¡Johnny no parecía tener ninguna posibilidad!

Los dos hombres dispararon otra vez contra él, rabiosamente, y las

balas picotearon la pared, junto a la cabeza del policía. Este no se movió. Ahora que tenía a tiro a Molden, no se movería ni aunque le costase la vida.

Una bala rozó su brazo izquierdo, mientras Cyril se adelantaba demasiado, buscando hacer méritos ante su jefe. Se oyó un chillido espantoso mientras la bala del nueve largo le deshacía la cara. Cyril se llevó las manos al rostro, convertido en una máscara de sangre, y cayó escaleras abajo, rompiendo la barandilla.

Pero ahora Holden tenía una oportunidad. Ahora podía disparar tranquilamente contra un hombre que no le apuntaba.

Una figura femenina surgió entonces de la puerta entreabierta. Mae vio las facciones crispadas del «rey».

—¡No lo hagas! —gritó—. ¡Esto puede perderte para siempre! ¡No lo hag...!

—¡Calla, maldita!

Disparó rabiosamente contra la mujer. Johnny lanzó un rugido y le envió dos balas, buscando el centro de su cuerpo.

Solo una alcanzó su destino. A trompicones, Holden descendió las escaleras que le separaban del rellano y rompió con su cuerpo la ventana que había en este, mientras Johnny disparaba otra vez.

Pensó que su enemigo caería a la calle desde ocho pisos de altura, pero Holden tuvo suerte, de momento. Herido como estaba, cayó solo sobre la escalera de incendios, y pudo sujetarse a una barandilla. Johnny, rugiendo, saltó tras él.

Tuvo que sujetarse con una mano, mientras su enemigo disparaba tres veces, también en precario equilibrio. Las balas mordieron el metal, arañaron las paredes. Una bala rozó los ojos de Johnny, y este sintió vértigo. Se dejó caer sentado sobre las escaleras y sujetó la pistola con ambas manos mientras tiraba a cuerpo descubierto, jugándose todo a una carta.

La verdad era que en aquellos momentos no le importaba morir. Después de lo que había ocurrido, solo ansiaba acabar con Holden... y terminar él también de una vez.

Como ocurre muchas veces, fue eso lo que le permitió vencer. Él no importarle su propia vida le dio la victoria. Dos balas fueron directamente a la cabeza de Holden, que soltó su arma y se sujetó, aullando, a una de las barandillas inferiores. La escalera de incendios cedió de pronto y Holden, sin fuerzas, dio un trágico tumbo. Johnny disparó otra vez mientras le veía saltar al vacío. Un aullido largo, ululante, trágico, rompió la noche, mientras el «rey de Nueva York», el millonario de las drogas, se deshacía sobre el sucio asfalto.

Johnny, jadeando, empezó a descender también. Tenía que estar allí cuando llegasen los patrulleros. En el Precinto tenían que saber que había

muerto Holden y se había deshecho la banda. Que él, Johnny Laurent, acababa de ganar su última oportunidad... y de perder su derecho a ser un hombre feliz.

CAPÍTULO XV

La figura femenina entró tímidamente en la habitación. Las lágrimas seguían quemando sus ojos, pero ahora eran distintas. Sus manos temblaban por una razón más trágica, quizá más dolorosa.

Gloria se acercó al cuerpo de su madre, que había caído de espaldas al interior de la habitación. Una extensa mancha de sangre llenaba ya el pecho de Mae. La respiración jadeante de esta indicaba, incluso para un profano, que le quedaban pocos minutos de vida.

Gloria se arrodilló junto a ella. Así como tenía los ojos húmedos, tenía la boca espantosamente seca. No podía hablar. Sus ojos, extraviados, se posaron en el rostro de la moribunda.

—Perdóname, Gloria... —susurró Mae—. Creo... que he tenido... el fin que merecía.

—No digas eso, mamá. Yo no tengo nada que perdonarte.

—Lo de Johnny... —musitó Mae—. Yo he adivinado que... que te habías enamorado de él.

Gloria no contestó. Cada vez tenía la boca más áspera, más espantosamente seca.

Le costaba respirar.

Mae susurró, dejando caer las palabras una a una:

—Él no es tu padre.

—Mientes, mamá. Lo dices ahora porque...

Mae cerró los ojos. Una mueca de sufrimiento se dibujó en sus labios.

—¿Crees que podría mentir en una cosa así... cuando voy a morir? No, Gloria, él no es tu padre ni en realidad pudo haberlo sido. ¡Era tan chiquillo, tan buen muchacho! Yo estaba entonces rodeada de buitres y él fue lo único limpio, lo único joven y desinteresado que se cruzó en mi camino. No sé cómo sucedió, pero... Bueno, fue solo una vez. Cuando tú naciste dejamos de vernos. Llevabas mi apellido de soltera y te acostumbraste a ello.

A Gloria le hacían daño todos los músculos, le hacía daño el alma. No se daba cuenta y tenía los dedos agarrotados de tanto apretar el cuerpo de su madre. Con voz ahogada, preguntó:

—¿Por qué... se lo hiciste creer?

—Porque yo he sido siempre una perra.

—No... No te entiendo.

—Él me daba dinero, creyendo que tenía un deber moral hacia nosotras dos. Johnny siempre trabajó y siempre fue un hombre responsable, a pesar de haber nacido en el barrio maldito. Yo le explotaba. Siempre he gastado

mucho dinero, Gloria... y todo era poco para mí. Sus envíos llegaban con regularidad. ¿Qué me importaba a mí mantener una mentira?

Se estaba acabando por momentos. Su voz se ahogaba ya.

—Perdóname...

—Mamá... ¿quién fue él? ¿Quién es realmente mi padre?

La sonrisa de Mae se hizo amarga, patética.

Fue la última sonrisa de su vida.

Antes de cerrar los ojos para siempre, susurró:

—Holden...

EPÍLOGO

Johnny caminaba lentamente por el viejo barrio. Había abandonado el patrullero porque siempre le gustaba hacer la ronda a pie. Conocía cada relieve de las fachadas, los géneros de cada tienda, todas las caras que se asomaban a los portales oscuros. Sabía qué chicas se casarían honradamente y qué otras no. Sabía qué muchachos podían acabar siendo jueces y qué otros podían acabar siendo presidiarios.

Su misión era evitar que nadie se torciese. El objetivo de su vida era velar por el viejo barrio del West Side que le vio nacer.

Tom, el vendedor de ropa usada, salió a la puerta.

—Felicidades, Johnny.

—¿Por qué?

—Ya me he enterado de tu ascenso. Nada menos que teniente, ¿eh?

—¡Vaya, Tom! Ni pensaba en eso. ¿Qué tal los negocios?

—Así, así... Oye... Lo bueno es que ya no se han visto más vendedores de droga.

—Si algún muchacho vuelve con *mandanga*, me avisas, Tom. No quiero detenerlo. Solo hablar con él.

—No faltaba más, Johnny.

Salió también Jeremías. Jeremías vendía carne especial para algunos judíos del barrio.

—Felicidades, Johnny.

—No hay para tanto, hombre... Tienes pagada una copa. Cuando quieras, en el local de Bud.

—¿Vas a dejar el barrio?

—Ni aunque me asciendan a jefe de la brigada, Jeremías. Yo no os dejo.

Siguió caminando. Las calles donde había jugado de niño, los olores conocidos, los rostros familiares... De pronto se estremeció. Había oído aquel rápido taconeo. Había visto por el rabillo del ojo a aquella muchacha vestida de luto que se había situado junto a él.

Una sensación cálida, dulce, de la que casi se avergonzaba, le invadió por completo.

—Hola, Gloria.

—Hola, Johnny. ¿Puedo hacer la ronda contigo?

—No es muy reglamentario, pero en fin...

Los labios de la muchacha palpitaron.

—Johnny, tengo que hablar contigo...

—No hace falta que lo hagas. Encontramos unas cartas en el

departamento de Molden. Unas cartas que...

Ella se estremeció.

—¡Johnny!

—¿Qué, Gloria?

—Si te enteraste por medio de esas cartas, ¿por qué no viniste a buscarme enseguida?

—No me atrevía, Gloria.

Y con voz lenta, musitó:

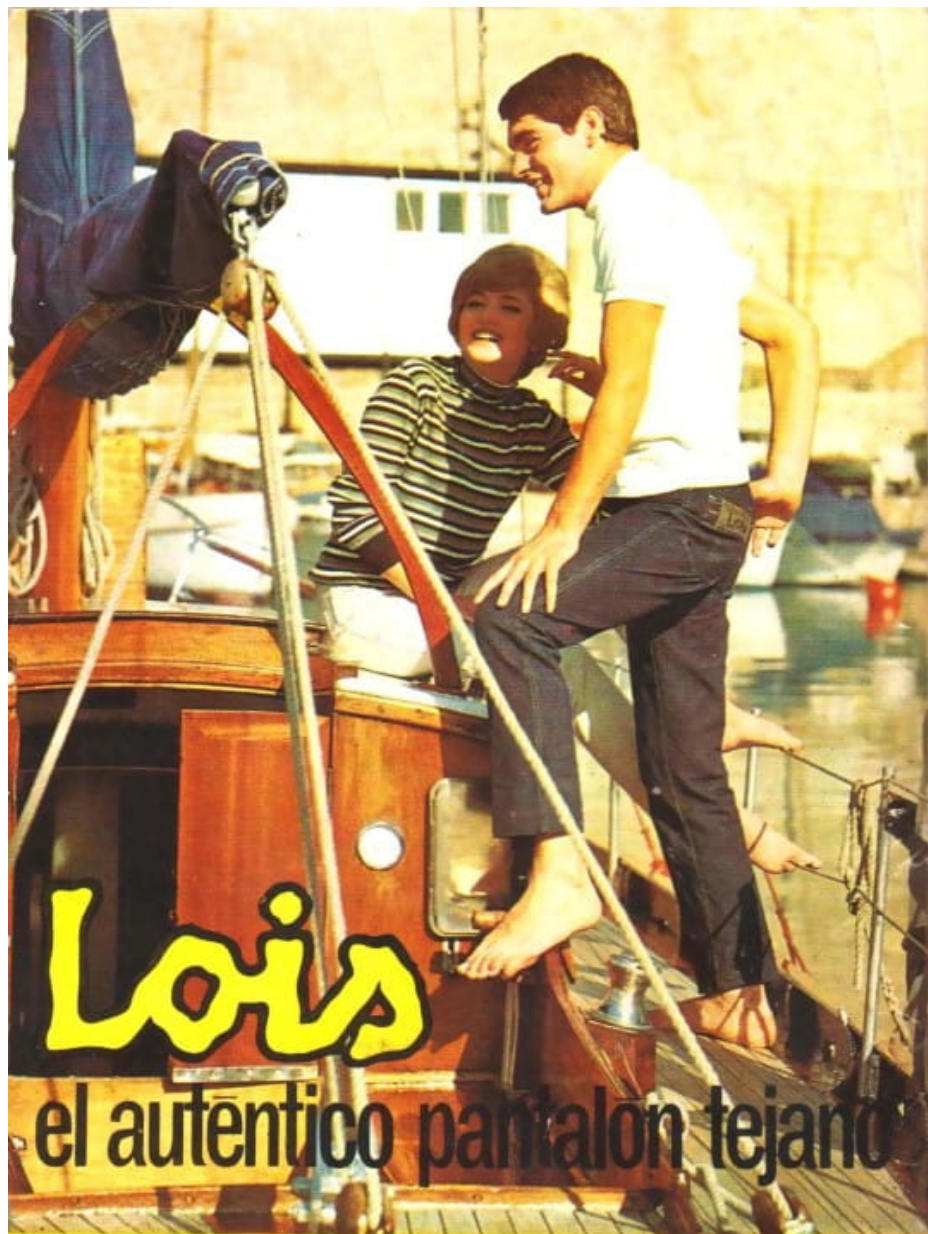
—Pero me alegra que hayas venido tú...

Permitió que ella le tomara del brazo. Sin una palabra, porque todo estaba dicho entre los dos, porque se comprendían hasta lo más profundo de sus almas, caminaron por el viejo barrio que les había visto nacer.

Caminaron juntos entre las casas conocidas, los rostros familiares, el aire que habían amado los dos.

Se perdieron en la lejanía, mientras un rumor de sirenas remotas se escuchaba a lo largo del Hudson.

F I N



Lois

el autentico pantalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

{1} «T-Men» u «Hombres del Tesoro». Así son llamados los agentes federales que se dedican preferentemente a investigar evasiones de impuestos y tráfico de drogas.